



LIBREROS
EASA

DISTRITO
21

Herman
Tellgon

ENIGMA EN ROJO



FATAL
SECRET

6



DISTRITO
21

© Herman Tellgón · 1975
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Jefe de redacción:
Manuel Rollán
Publicación semanal
Aparece los viernes
I. S. B. N. 84-05-00432-7
Depósito legal: M. 23.069 - 1975
Printed in Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Herman Tellgon

ENIGMA EN ROJO

DISTRITO
21

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

La luna surgió por un desgarrón de las nubes como una moneda de dólar, nueva, del bolsillo de un vagabundo.

El viento agitaba la superficie del mar, de color verde negruzco, y la espuma se deshacía en los costados de la embarcación, que se arrimó a las rocas cuanto pudo.

El único pasajero, hombre de elevada estatura y hombros poderosos, se puso en pie.

La pared de piedra se alzaba frente a él, sombría, casi cortada a pico. Un alcatraz, sin duda, sobresaltado por su presencia, despegó de lo alto de un picacho y se balanceó en la atmósfera como un extraño fantasma alado.

El desconocido se mantuvo un rato inmóvil. Parecía hallarse a la escucha, tratando de distinguir entre los sonidos que se producían a su alrededor el que pudiera significar peligro.

Tras unos instantes se encogió de modo casi imperceptible. A continuación, saltó de forma prodigiosa y consiguió sujetarse a la superficie, con apenas rugosidades, del muro granítico.

Varias flexiones vigorosas, y ascendió hasta afianzar los dedos en un reborde. En una décima de segundo se izó a pulso. Otros cuantos saltos, y se situó por fin en lo alto de una roca, desde la que se dominaba el panorama de la punta sur del territorio de Marín.

Los altos picos estaban velados por las nubes. Del otro lado, se contemplaba el puente, de color rojo y, más allá, el presidio.

La Puerta Dorada, la que franqueaba el acceso a la ciudad emporio de los placeres de la costa del Pacífico, se apoyaba en dos trozos de tierra desprovistos de vegetación, muertos, tal vez porque allí dejaron su huella los sucios talones del diablo.

La accidentada parte del acantilado que se extendía a los pies del solitario personaje ofrecía una serie de calas, en tiempos usadas por los piratas.

Un viejo caserón cuadrado, tipo de fortaleza, se alzaba en la cumbre de una pelada colina, justo dominando una pequeña ensenada.

En ella se distinguía la mancha borrosa de un yate.

El individuo que de forma tan extraña había arribado a aquel

paraje, emprendió la marcha hacia la aislada mansión. Hubo de descender.

Se deslizaba con agilidad y destreza de un rebeco. A veces se detenía, indeciso, unos instantes, pues resultaba prácticamente intransitable la senda que seguía.

Pero con precisión asombrosa y con inverosímiles equilibrios continuaba avanzando.

Por último, alcanzó un terreno más llano, donde se iniciaba la subida a la casa, y recorrió una franja de arena que recortaba la minúscula bahía donde aparecía anclada la embarcación.

Se fijó en las características del barco. Antiguo. El casco, de acero y más bien redondo. Las naves, como las personas, pese a que se cubran de lujosos adornos, muestran en su aspecto general el uso a que estuvieron dedicadas.

El yate debió ser antes un vapor de rutas fluviales, destinado para la carga de mineral.

Su cubierta se hallaba desierta, y ninguna luz señalaba su posición. El viento remansaba en aquel sitio, y le pesada mole se conservaba, en apariencia, totalmente quieta.

El misterioso merodeador continuó en dirección a la casona. Sus pasos denotaban una elasticidad y seguridad asombrosa, sin que despertasen eco alguno.

Pronto se encontró a mitad del camino. La luna desapareció en aquel momento, tapada por un negro cirrus que afectaba la forma de una garra.

El desconocido no se detuvo por ello; como si tuviese la facultad de ver en la más impenetrable oscuridad, prosiguió la ascensión.

Fue ya en el ensanche frente a la puerta de la destartalada y sombría vivienda donde sus finos sentidos captaron algo distinto a lo natural.

Se alertó, y sus músculos se contrajeron, prestos a la acción.

Con extraordinaria sensibilidad pareció adivinar de qué se trataba.

Le rodeaban varias personas. Era como si las respiraciones, aunque contenidas, crearan una atmósfera especial.

Una fracción de segundo antes de que se abatiese sobre su cabeza el instrumento con que intentaron golpearle, se apartó. Y finalizado ese segundo, se abalanzó sobre el atacante.

Era una lucha desigual, porque enseguida se dio cuenta de que sus enemigos eran varios hombres diestros y avezados a tales

encuentros.

Había lanzado su puño con tremendo ímpetu. Los nudillos, duros como guijarros, entraron en contacto con el cartílago de una nariz. Se elevó un aullido de dolor.

Cuatro o cinco manos sujetaron la tela de su traje. Y le alcanzaron algunos golpes. Se zafó con un violento tirón. No intentó retroceder, sino que se introdujo en medio de sus enemigos.

Sus brazos y piernas se movían en un ritmo perfecto, y creaba un círculo destructor en torno.

Propinaba puñetazos de todas las marcas, precisos, que hacían tambalearse a los contrarios, cuando no los derribaba fulminados.

Por su parte sentía el contacto de los cuerpos de sus enemigos, que le buscaban con ansiedad, confundiéndose entre ellos y aplicándose a sí mismos patadas y puñetazos.

La luna se mostró de nuevo e iluminó el improvisado “ring”. Eran cuatro los que se enfrentaban al intempestivo visitante. Dos se encontraban tendidos sobre el polvo.

Los dos restantes miraron, aturridos, al hombre que les había puesto en aquella situación, y un ligero estremecimiento recorrió sus espaldas.

En los ojos negros, ardientes, que les contemplaban, había regocijo y una salvaje energía. No se podía dudar que la lucha le agradaba, y lo demostró acto seguido con nuevas acometidas.

Ahora podían seguir sus giros, sus quiebro, pero era tal la sincronización de sus movimientos, la agilidad con que se trasladaba de sitio, que no les servía sino para conocer cuándo iban a recibir el golpe demoledor.

La refriega se desarrollaba en un silencio roto solo por los resoplidos y las interjecciones de los contendientes.

El final podía preverse. Pese a la superioridad numérica, el desconocido amenazaba con dar cuenta de todos.

Uno más había caído y el otro ejecutaba una extravagante danza, pues un formidable puñetazo le sumió en un trance de alucinación.

No obstante, la suerte trocó su signo, pues un elemento nuevo intervino. De unas rocas próximas se adelantó una figura monstruosa.

Era un artefacto mecánico, un “robot” de cerca de diez pies de estatura, de largos brazos articulados, la cabeza constituida por una escafandra cuadrada, y en el centro del cuerpo un receptáculo de

casi toda su anchura, especie de ventana, a través del cual era posible ver lo que hubiese detrás.

Los cuatro combatientes, que se reponían con lentitud de su desmayo, fueron los primeros en advertir su presencia. Y fue un enérgico reactivo que les hizo despejarse del todo.

—¡Huyamos, muchachos! —exclamó uno—. “Babyrob” se ha presentado.

El grito y la rápida fuga de sus enemigos previnieron al forastero, quien giró rápidamente sobre sus pies.

El gigantesco autómatas se le echó encima. Distinguió unas luces rojas, verdes, que se encendían y apagaban en distintos puntos de la mole metálica.

En sus oídos penetró el ruido que causaban las articulaciones de los miembros, así como un retemblar sordo, continuo, que muy bien se podía tomar por los latidos del corazón de la informe criatura.

Quiso escabullirse por un costado, pero no fue lo suficientemente rápido en aquella ocasión.

Sobre su cabeza se desplomó una de las pinzas que hacían de manos del “robot” y, aunque logró desviar la cabeza y amortiguar el golpe, que de otra forma le hubiera aplastado el cráneo, bastó para dejarle inconsciente.

Una impresión de frescura en la cara le hizo abrir los ojos. Tardó poco en darse cuenta de su situación. Aún le tenía en su poder el ingenio mecánico, y le suspendía sobre un negro abismo, en cuyo fondo agitaba su furia el océano.

Fue dejado caer. Todas sus potencias entraron en acción. Se retorció en el aire como hubiera podido hacerlo un acróbata.

El peligro estaba en que diera contra alguna roca y quedara destrozado. Cerca de noventa pies de altura tenía aquella sima.

El cuerpo arrojado no se estrelló contra las aguas, sino que las atravesó limpiamente. La inmersión fue profunda, pero el hombre volvió a los pocos segundos a la superficie. Con seguras y poderosas brazadas nadó hasta la parte firme. Y, pese a su fortaleza, no pudo reprimir un estremecimiento al comprobar que era un sitio erizado de peñascos.

El resplandor lunar le permitió darse cuenta de que estaba virtualmente prisionero, pues aquel lugar constituía una especie de pozo con las paredes sin salientes ni huecos donde sujetarse y solamente un espacio libre que daba al inmenso Pacífico.

Permaneció unos minutos en actitud de descanso sobre una de

las rocas, calculando el medio de escapar, pues donde los muros de piedra se abrían al mar, formaba unos remolinos que parecían insalvables.

Pero no dudo mucho su reflexión. Situado de pie en el risco, se despojó con rapidez del mojado traje, quedando en “slips”.

A la claridad proporcionada por el astro de la noche, bajo su piel se revelaba la asombrosa y perfecta trabazón de la musculatura, que se estremecía sobre el esqueleto como si contase con vida independiente.

Hizo un lío con la ropa y el cinturón, cuya hebilla enganchó a la parte posterior del elástico del “slips”.

Los zapatos se los puso alrededor del cuello, atados por los cordones. V, sin dudarlos, se lanzó al agua.

Rápidamente alcanzó donde las olas batían con estruendo y creaban un vórtice de terrible violencia. Pero aquel hombre demostraba poseer una potencia y un adiestramiento excepcionales.

No intentó sortear el punto de máximo riesgo, lo que le hubiera precipitado contra el banco rocoso, sino que se sumergió, para asomar en el mismo centro del remolino, de costado, “pisando el agua”.

Era una hazaña para la que se requería una extraña preparación física, sangre fría y habilidad fuera de lo normal, ya que, en el último momento del escalofriante ejercicio, debía ser la propia fuerza de la resaca la que sacara al cuerpo de la trampa.

Ocurrió así. El autor de la proeza salió despedido hacia el espacio libre del mar, tras haber girado en el hirviente cono. Algo aturdido por el esfuerzo, flotó un rato sin nadar, aunque de inmediato recuperó energías.

Costeó hasta rebasar el farallón que hacía de biombo del punto donde le había arrojado el “robot”; una estrecha playa se le ofreció luego a su vista.

Como nuevo Ulises, se tumbó en la arena, derrengado. Pero no hubo hermosas doncellas que le despertasen, sino el correr de unas formas redondas, alargadas, que se zambulleron cerca de él, sin hacer apenas ruido.

Eran “leones de mar”, una especie de focas abundantes en aquellas latitudes. El desconocido admiró su rápido deslizamiento hasta la orilla. Luego, repuesto, se levantó y procedió a recorrer el terreno.

Se le presentaba un problema, y consistía en su traje empapado.

Examinó primero el contenido de los bolsillos, y extrajo cuantos objetos poseía. Luego retorció la tela.

Avanzó hacia el sitio donde comenzaban las rocas. Nacían entre ellas arbustos espinosos, zarzas y granados silvestres.

Pronto reunió una gran brazada de ramas secas, que transportó al hueco formado entre dos grandes piedras, y procedió a hacer una fogata.

Poco menos de una hora le llevó tener la ropa y el calzado en disposición de ponérselos.

Con la chaqueta bajo el brazo abandonó el improvisado refugio y siguió una senda que se perdía entre los montículos.

Al doblar un recodo distinguió la casa. Era su objetivo, y estaba decidido a alcanzarlo. No le separaba mucha distancia, y confiaba en que no le esperasen los tipos de la vez anterior.

El camino que seguía, por otra parte, era distinto al que tomó en aquella ocasión.

Como si quisiera ayudarle, la luna se ocultó y no hizo acto de presencia hasta que él se hallaba frente al portalón del vetusto edificio y se disponía a llamar.

Lo hizo empleando un aldabón de bronce que figuraba una sirena. El verdín que se había criado con el tiempo sobre el objeto le proporcionaba un carácter extraordinario, como si le hubiesen extraído del fondo del mar.

Los golpes resonaron lúgubremente en el interior de la vasta fábrica.

Un escalofrío del visitante no tuvo por causa el siniestro sonido, sino la frescura de las telas, todavía algo húmedas, sobre la piel.

Transcurrido un rato repitió la llamada. Por fin, percibió el ruido inconfundible del arrastrar de unos pies introducidos en zapatillas.

Con un chirrido de goznes enmohecidos, se entreabrió una de las hojas claveteadas de la puerta.

Y por la rendija asomó un rostro que parecía la máscara de Tartufo. Incluso bajo el albor lunar, se apreciaba la rubicundez de las redondas mejillas, la larga nariz, de gruesa punta colorada; los párpados superiores caídos, y el gesto todo de hipocresía.

La voz que se alzó preguntando era chillona, destemplada:

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¿Para qué importuna a estas horas?

—Quiero hablar con el dueño de la casa —formuló el desconocido.

Su voz denotaba una absoluta seguridad, como si cuanto hubiera

ocurrido, el ataque de los cuatro hombres en el camino, la intervención de la máquina y su propia presencia allí fueran hechos normales.

—¡Está loco! —graznó la aparición—. Tendría que ser a una hora normal, y el señor no le recibiría. ¿Cómo se atre...?

—¡Vamos! Deje de hacer aspavientos. Es un asunto importante.

Pero el encolerizado individuo arreció en su diatriba:

—¡Váyase al infierno! —rechazó—. Quizá venda aspiradores. Si es un truco que se ha inventado para...

Con un fuerte empujón, el visitante nocturno terminó de abrir la puerta y pasó al interior.

Se fijó en que el individuo que había salido a recibirle tenía el cabello blanco, gruesas y largas patillas, y que lucía un camisón de bastante holgura y un gorro con borla.

Armonizaba con la casa y su mobiliario. El salón donde se hallaban podía servir de atrio de un templo. La luz que lo alumbraba, una bombilla de poca potencia, en un brazo adosado al frontis de un arco que separaba el espacio, creaba innumerables sombras en los rincones.

La parte más al fondo de las dos en que dividía el arco la sala, estaba en plano más elevado y se llegaba a ella mediante dos escalones.

En un lado de la primera, o *hall*, se iniciaba una escalera que remataba en una galería corta, a la que daban dos puertas y que se adentraba hacia el fondo convertida en corredor.

Nada de sillones, divanes o mesitas. Bancos, duros bancos de madera, contra las paredes. Y en estas, también panoplias con viejas armas que parecían restos de una batalla naval del Caribe. Arcabuces, pistolones, cuchillos, todo lo que ilustró la época de la piratería.

El viejo se había empurpurado y temblaba de rabia.

—¡Mal... dito sea! ¡Le costará caro! ¡Voy ahora mismo a...!

Pero se calló y pareció calmarse porque en la parte alta de la escalera asomó alguien.

Una voz cristalina, modulada, se dejó oír:

—¿Qué sucede, Hugh?

El viejo alzó la cabeza. El visitante le imitó. Y tuvo que confesarse que merecía la pena haber llegado hasta allí.

La sirena de la puerta se encontraba apoyada en la barandilla de la galería solo que de carne y hueso y embutida en un pijama de

color fuego, que en nada recordaba a los peces.

—Es este loco, señorita Trudy, que se acaba de colar aquí. Si quiere llamaré a la policía.

Trudy se fijó en el hombre que de forma tan violenta acababa de entrar en la casa. Él también la miró.

Era alta, cosa que se disimulaba entonces por ir descalza. Esbelta, pero no grácil, sino de tipo atlético, con hombros más bien altos y separados y las muñecas anchas; pero tan admirablemente proporcionado el conjunto, que un escultor griego de la época clásica la hubiese tomado sin vacilar para modelo de Hécate.

La cabeza, con el cabello negro muy corto y liso, se erguía con un aire arrogante y cauteloso al tiempo. “Cabeza de ciervo”, dicen los italianos. Y los ojos, grandes y almendrados, con el iris cubriendo casi toda la córnea, poseían una expresión tímida y salvaje a la vez.

—¿Qué pasa? ¿Qué es eso tan importante que le hace venir a estas horas?

Hugh, el del camión, intervino:

—¡Pero, señorita! Lo mejor es que llamemos a...

—¡Cállate, Hugh!

El aludido se tragó las palabras que pensaba añadir, pero no cedió en su actitud belicosa, y quedó en un rincón, farfullando.

Trudy descendió los escalones apoyando toda la planta del pie y clavando sus enigmáticos ojos en la figura del hombre que la esperaba.

Le llegó, en una cálida onda que los envolvió a los dos, su vitalidad, la colosal energía contenida en el tenso, vibrante organismo.

Es fácil acomodarse a las normas, a las reglas de sociedad, cuando el temperamento coincide con las empresas.

El joven que Trudy veía ante sí hubiera podido ser capitán de una partida de bandidos, un especulador audaz de las altas finanzas, o un revolucionario capaz de cambiar el curso de la historia de un país.

Sólo que en la mirada franca, resuelta, de sus ojos negros, en la frente despejada, en la barbilla avanzada y levemente doblada hacia arriba —aunque suavizada por estar ligeramente hendida— se apreciaba que era una máquina perfecta, concentración física e intelectual al servicio del bien y de la justicia.

—Le he preguntado qué es lo que desea —pronunció en tono

más intenso la mujer, aproximándosele.

—Quiero ver al dueño de esta casa.

—¿Para qué?

El desconocido tendió un periódico a Trudy. Lo había extraído del bolsillo interior de la chaqueta, y estaba arrugado y algo corrida la tinta de imprenta, pero aun así podía leerse en gruesos titulares en la primera plana:

“EL MENSAJE INDESCIFRABLE”

Capítulo 2

Y seguía en letras más pequeñas:

“Continúa sin resolverse el extraño mensaje hallado en las cercanías de la costa sur de la península de Marín, a unas dos millas escasas de Golden Gate.

Un pescador lo encontró en el interior de una cantimplora, que se identificó como de las usadas por el ejército alemán en la última guerra, flotando sobre el agua”.

—Por esto —declaró el joven.

Trudy tomó el diario entre sus manos, y posó un segundo la mirada en las grandes letras. Contrajo los ojos, que quedaron como dos rayas en tinta china, y las ventanas de la nariz se le estremecieron. Dio luego un paso atrás y contempló enfurecida al visitante.

—¡Ahora creo que de verdad está loco! —exclamó—. ¿Qué estúpida broma es esta?

—No tan estúpida —afirmo su interlocutor. Yo sé algo acerca de ese mensaje y es que se trata de una llamada de socorro.

—¿Cómo lo sabía?

—La cantimplora donde apareció pertenecía a un amigo mío. Sé que la apreciaba y no se hubiera separado de ella por nada, salvo que corriese un gran peligro y quisiera utilizarla como aviso.

—Pero, ¿qué tiene que ver el mensaje con eso y, sobre todo, qué relación guarda con esta casa?

El desconocido la miró con intensidad, hasta obligarla a desviar los ojos y que un leve rubor tiñese la tostada piel de sus mejillas.

—Eso es lo que pretendo adivinar —pronunció con estudiada lentitud, mientras en sus ojos se levantaba con mayor violencia la llama de salvaje energía.

Trudy iba a replicar, pero se cortó porque hizo acto de presencia una mujer alta, gorda, de rostro ancho y mofletudo, ojos azules y pelo rubio.

La piel tostada y lo macizo de sus formas recordaban a una hogaza de pan acabada de sacar del horno.

Una inevitable propensión a la risa se notaba en las comisuras

de la boca y en el estriado de alrededor de los ojos, que brillaban plenos de regocijo.

—¿Qué pasa, mi niña? —canturrió con una voz fina.

La deportiva joven le dirigió una mirada afectuosa.

—¿Quién es este caballero? —indagó, aproximando la torta de su cara al joven—. ¡Dios, está mojado! ¿Acaso llueve?

—Por favor, Stephana, déjanos.

La gorda giró la cabeza hacia ella. La risa le estremecía los rojos labios y la barbilla con doble papada.

—Sí, nenita, sí.

Trudy miró entonces al furioso Hugh, que persistía en murmurar amenazas.

—Podéis iros los dos —empleó un tono seco, de mando—. No es preciso que continuéis levantados.

Hugh, estalló:

—¡Es un loco, señorita, es un loco! No hable con él y deje que avise a la policía. ¿Cómo piensa que la voy a dejar sola en su compañía?

Los ojos profundos, cargados de luces extrañas de Trudy estuvieron un rato fijos en el viejo. Hizo un gesto de renuncia, y se encaró con el desconocido:

—Creo que si todo lo que posee —expresó— es la sospecha de que esta casa está relacionada con ese... mensaje, tendré que renunciar a oír sus explicaciones.

El joven se echó a reír, cosa que sorprendió a las otras tres personas.

—Cuando pensé dirigirme hacia aquí —declaró con su voz clara, que no obstante de producirse en tono quedo poseía una extraña, sonora vibración, que la hacía audible a gran distancia— solo tenía esa ligera sospecha. Y no era mi propósito penetrar en esta casa. Pero dos circunstancias me han obligado a cambiar de opinión.

Sorprendió el interés en los ojos que le observaban.

—La primera —explicó—, la participación de cuatro bergantes que se arrojaron sobre mí con ánimo de impedir que llegase a este lugar. La segunda fue más concluyente.

En la casa no se percibía el menor ruido, Trudy y los dos servidores se habían inmovilizado y contemplaban al hombre que les hablaba como si fuese un aparecido.

—Cuando discutíamos —acentuó el verbo con especial ironía—, se presentó un amigo de ellos. Al menos, lo reconocieron, ya que

gritaron su nombre y echaron a correr. El recién llegado no era una persona, sino un muñeco, de intenciones poco amables... al menos en lo que se refiere a mí.

Trudy ahogó un ligero grito, y por sus ojos cruzó una sombra de temor.

—¡“Babyrob”! —musitó.

—Me alegro de que también sea amigo suyo —continuó el joven—. Podría suministrarme preciosos detalles acerca de su personalidad. Por lo pronto, es necesario reconocer que es un ser espiritual, ya que carece de estómago y en su lugar ha preferido tener una ventana para no entorpecer la visión de quienes sean más bajos que él...

—¡Por favor, cálese!

Trudy había dejado de ser la mujer segura de sí misma y se retorció las manos.

—¿Dice que le atacó? ¿Cómo pudo librarse de él?

—No me libré. Me golpeó en la cabeza dejándome sin sentido, y cuando lo recobré me suspendía al borde de un precipicio con el fondo cubierto de escollos y el mar.

—¡Santo Dios!

Era la risueña Stephana la de la exclamación.

Por unos instantes, ninguno habló. Fue Hugh, terco, irreducible, quien rompió la pausa.

—¡Mentiras! Son todo mentiras. Este individuo es un loco.

—¡Cierra la boca, Hugh, y deja de lanzar tonterías! —amonestó Trudy, recuperando parte de su dominio—. ¿Cómo iba a saber de la existencia de “Babyrob”?

Se volvió al visitante.

—Señor, pese a lo que ha contado nada tenemos que ver con ese mensaje. Comprendo que lo sucedido le haya hecho recelar, pero tiene una fácil explicación.

—Me gustaría oírla.

Trudy asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Sí. “Babyrob”, como habrá comprobado es un “robot”, al que se maneja desde lejos mediante un aparato de control. Tal vez sepa algo de esa ciencia nueva, la cibernética...

—No tan nueva. Sus fundamentos los estableció un español, Torres Quevedo.

La hermosa mujer le examinó con un sentimiento creciente de admiración.

—Es posible, no estoy segura —dejó oír—. Lo cierto es que mi tío, el dueño de esta casa, Steve Merlich, ha sido muy aficionado a practicar con juguetes —si se les puede calificar así— de esa clase. Su obra más perfecta y sobre la que ha logrado un dominio asombroso, es ese “robot”, al que le dio el nombre de “Babyrob” por considerarlo una criatura en relación con los futuros seres mecánicos que se creen y porque “rob” indica su naturaleza mecánica a la par que sugiere el mundo de la fantasía infantil.

La larga explicación fue seguida con atención por el desconocido.

—Todo está muy bien —dijo—, pero no explica el que quisiera eliminarme.

Trudy se retorció las manos con mayor desesperación que antes.

—Ha sido un error, estoy segura de que ha sido un error —expuso—. Seguramente trató de intervenir en favor suyo, y acabó confundiéndose.

Era una explicación plausible, aunque el joven tenía sus dudas. Desde luego, de una máquina por perfectamente que estuviese dirigida podía esperarse cualquier cosa.

Es verdad que los bandidos huyeron al verle, pero también que le reconocieron.

—Trudy —su voz, al pronunciar el nombre de ella, hizo que la morena se estremeciese—, de todas formas, quiero ver a su tío: a Steve Merlich.

—Sígame, señor —dijo Trudy.

El desconocido fue tras ella. Ya en lo alto, antes de introducirse por el oscuro pasillo, continuación de la galería, se volvió.

Stephana tenía la cabeza alzada hacia ellos. Su riente expresión se había esfumado. Un rictus de odio contraía su ancha cara y esgrimía las horribles manos en su dirección. Fue solo un instante. Inmediatamente retrocedió, desapareciendo.

Sin que él le hubiese preguntado, y sin mirarlo, Trudy comenzó a explicar:

—Son dos viejos servidores de mí tío. Stephana me vio nacer.

—Ocasión memorable. Cuentan que Afrodita surgió de la espuma del mar.

—Muy galante.

—Lo digo no solo por su belleza, sino porque debe ser usted una admirable nadadora, aficionada a la pesca submarina.

Trudy le hizo frente. Se encontraron en el centro del corredor.

La joven había encendido una lámpara de tan mortecina luz como la del salón, y bajo ella sus ojos parecían casi más profundos y llenos de aprensión.

—¿Cómo sabe eso? ¿Acaso me ha vigilado?

La franca, varonil risa del joven, resonó entre las desnudas pareces.

Haré un poco de Sherlock Holmes —dijo—. Sus muñecas anchas y sus hombros altos y separados, así como la conformación de osamenta pesada y músculos amplios, sin bultos, indican que su deporte favorito es la natación. Si se une el cabello corto y rizado y el color de las uñas de sus pies... para que debajo del agua los peces no se sientan atraídos por ellas, tendrá la solución. Bueno; y su declaración de que conoce el acantilado a la perfección.

Trudy tardó en replicar:

—Es usted muy listo —manifestó en un tono especial.

Reanudó sus pasos. Se detuvo frente a una puerta que abrió sin entretenerse en llamar.

—Pase —indicó a su acompañante.

Podía ser el laboratorio del doctor Frankenstein. Una habitación de altísimo techo y espacio suficiente para alojar a un batallón con tiendas de campaña y todo. Enormes mesas y estanterías lo llenaban.

Y en ellas y sobre ellas retortas, probetas, alambiques y diversas máquinas eléctricas, antiguas como las de Herzt y Wimshurst, hasta un motor Siemens, y otras modernas capaces de generar la fuerza que necesitaba Zeus para sus rayos.

Junto a un ventanal, en una parte que podía calificarse de oasis de comodidad, se veían unas macetas con plantas y flores, unas estanterías bajas con libros y un aparato de radio, modelo corriente.

Frente al ventanal, un sillón de ruedas en el que se sentaba un hombre de unos cincuenta años. También hubiera podido tener ciento cincuenta o ser una figura de cera.

El desconocido se acercó a donde se encontraba, pasando por delante de su hermosa guía que se había detenido. Al estar cerca del dueño de la casa lo estudió con atención.

Poseía un cráneo más bien pequeño con solo una orla de cabellos castaño grisáceo enmarcando, como las nubes en el horizonte, el pálido sol de la calva.

Sobre la manta que rodeaba sus piernas, las manos grandes, de dedos ahusados, parecían garras de un gallo muerto y desplumado.

Trudy se aproximó.

—Tío —anunció—, este señor está interesado en la suerte de un amigo suyo, y cree que nosotros podemos darle alguna información. Subía aquí con intención de que lo recibieras poco después de anoecer, cuando unos hombres le atacaron en el camino. “Babyrob” les ahuyentó, pero luego le golpeó, dejándole sin conocimiento. Luego lo cargó consigo y lo dejó caer en un entrante del acantilado, entre las rocas. Escapó, no sé cómo, y aquí está.

Merlich no se había inmutado. En realidad, no miraba al joven, sino a su sobrina. Al terminar esta, unas contracciones violentas estremecieron la acartonada, rígida faz. Un farfalleo ininteligible escapó de su boca.

—¿Qué dice? —interrogó el otro hombre.

—Mi tío no puede apenas hablar —aclaró Trudy que lo contemplaba afectuosamente—. Lleva en ese sillón unos diez años, parálítico, pero últimamente sufrió una apoplejía y perdió el uso de los músculos faciales, que recobra muy lentamente.

El visitante apartó con un esfuerzo los ojos de la figura del sillón y los clavó en Trudy.

—Pero... —silbo las palabras entre dientes.

—Aquí pasa el día —amplió la información ello—. Antes realizaba experimentos y construía diversos aparatos, pero desde el ataque que le digo, solo se preocupa de manejar a “Babyrob”.

—¿Cómo lo hace?

Trudy apuntó con los ojos hacia una mesita cercana al sillón del parálítico.

—Ese tablero.

En efecto, allí se apreciaba un cuadro de mandos, con distintas clavijas y botones y un juego de luces rojas, verdes y amarillas, como las que se encendían en el cuerpo del “robot”, según pudo apreciar el joven momentos antes de que le golpease.

—¿Y dónde está ahora?

La sobrina de Merlich se encogió de hombros.

—El guarda el secreto —dijo refiriéndose a su tío—. Lo encierra siempre desde aquí en alguna cueva o lugar inaccesible de las cercanías. Antes le hacía entrar en la casa, pero nos infundía tal espanto que decidió tenerlo fuera y sin que nosotros le viésemos. Yo algunas veces lo distingo.

Añadió filosóficamente:

—Una virtud ha tenido, que ha sido desalojar estos lugares de

las cuadrillas de vagabundos y pícaros que amenazaban a cualquiera que se aventurase en nuestro territorio.

El paralítico prorrumpió en una serie de explosivos y guturales sonidos de garganta, y sus desmayadas manos se agitaron también. Su sobrina corrió a su lado y juntó su oído a los labios de él.

Se irguió, y sus oscuros ojos permanecieron fijos en los del joven.

—Quiere que nos vayamos. Por favor —suplicó—, dejémosle tranquilo. Ya ve que no puede informarle de nada... aunque lo supiera.

El desconocido asintió, inclinando la cabeza. Se dirigió a la salida. Sus inquisitivos ojos registraron hasta el último rincón de la amplia nave.

En la puerta le alcanzó Trudy.

—Espero que comprenda lo ocurrido —manifestó—. Yo entiendo que la explicación es muy sencilla. Mi tío vio cómo le atacaban a usted esos hombres y puso en marcha al “robot”. Luego, le confundió con uno de los atacantes y quiso escarmentarlo...

—Matándome —concluyó el visitante.

La joven inspiró con fuerza.

—Quizá la intención fuese únicamente arrojarlo al agua, solo que no podía calcular con exactitud el sitio.

—Es probable que haya sucedido como dice —de nuevo afirmó con la cabeza el misterioso individuo que fue víctima de aquellas acciones del monstruo mecánico—. De todos modos, sería conveniente que “Babyrob” tuviese niñera.

Recorrió a la inversa el largo pasillo hasta salir a la galería. Descendió las escaleras. Continuaba llevando la chaqueta bajo el brazo. Trudy iba tras él, y bajó al salón recibidor.

—¿Puedo saber quién es usted? —preguntó parada en el umbral.

Su esbelta y a la vez fuerte figura se mantenía erguida, sin dar lugar a ninguna postura de abandono femenino.

Pero en sus ojos, que bajo aquella naciente luz resaltaban en el rostro afilado como sombríos bosques cargados de vida intensa y primitiva, semejaba abrirse paso una fuerza, algo que atraía y sobrecogía a la vez.

El visitante declaró:

—Me llamo Edward Milkas y soy agente del FBI.

Y sin esperar la reacción de la joven, se retiró de la puerta de la vieja mansión.

Pronto amanecería. La luna había desaparecido en el horizonte, pero los grandes claros dejados por las nubes en el cielo, permitían que el lejano y fascinante resplandor de las estrellas iluminase de un modo fantástico el paisaje.

Los montes al norte del territorio se ofrecían bajo la imponente sombra creada por los cúmulos tormentosos que los ceñía. Lívidos relámpagos hacían aún más sombrío, amenazador, aquel escenario.

Del acantilado llegaba el sonido de la honda respiración del océano, y el viento traía olor a pino del interior de la tierra.

El agente del FBI eligió la senda que siguió cuando cayeron sobre él los cuatro al parecer vagabundos, y a quienes el escalofriante “robot” puso en fuga.

Cruzó ante un conglomerado rocoso que se recortaba con nitidez contra el cielo diamantino de aquel sector. Era imposible que el ánimo de una persona, con algo de imaginación y cultura, se sustraiga a la evocación, al hechizo de un espectáculo natural como aquel.

Las rocas y el mar son tiempo y si tuviesen memoria y lengua inteligible para contar, revelarían secretos increíbles, hechos asombrosos de la historia de la Humanidad.

Edward Milkas contempló con un sentimiento de admiración las rocas que se alzaban a su derecha. Y entonces ocurrió lo que se presentía en la atmósfera, aunque no por ello resultó menos sorprendente.

Un ser humano se levantó de entre las moles de granito y pizarra y se colocó sobre la más alta. Una mujer. La melena larga, suelta, flotaba alrededor de su cabeza.

Vestía una especie de túnica amplia, con un cinturón ajustado, y mangas abiertas en el codo, del que colgaban los picos.

El agente y la singular aparición se observaron unos instantes. La mujer fue la primera en dar señales de vida. Con varios ágiles saltos cubrió la distancia que la separaba del camino, y se aproximó al joven.

Su pelo era rubio y fino. Sus ojos grandes y redondos bajo una frente abombada, intelectual. El óvalo del rostro se cerraba en punta y los labios se apretaban, fruncidos, en un constante gesto de mal humor.

Semejaba habérsele quedado la cara de cuando niña miraba, castigada, a través de los cristales de una ventana a los otros niños de la calle.

El vestido era de color verde, y calzaba sandalias. Se movía como si interpretase el “ballet” “Las sílfides”, ingrávida, alada.

—Lo he visto todo —descubrió con una voz aguda, infantil, que casaba con su cara pero no con su cuerpo—. Todo.

—¿Y qué es todo? —quiso saber su interlocutor.

La sílfide se echó a reír y meneó la cabeza, agitando los sedosos cabellos, que rozaron las mejillas de él.

—Todo —repitió—. Ella le matará. Se enamorará de usted y le atraerá bajo el agua. Hará que le saquen el corazón y salen su cuerpo, para conservarlo eternamente, como ha hecho con otros muchos.

Volvió a reír. El porvenir que describía no era agradable. ¿Y a quién se refería al decir “ella”? La rubia cortó de súbito la risa. Y adelantó su pálida tez hacia la faz del agente, a quién se le acentuó la impresión de estar viendo tras un cristal.

—Apártese de ella o le pesará. Muchos hombres la han amado, y ahora son como estatuas de mármol entre las aguas.

—¿Quién es “ella”?

—¡Le matará! Le sacará el corazón para devorarlo.

Lanzó una vibrante carcajada, pero la cortó en seco de nuevo. Sus ojos se agrandaron por el temor, y dio unos pasos hacia atrás como si la amenazase algún peligro.

Edward Milkas giró con rapidez. A unos veinte pasos de donde se encontraba estaba observándoles Stephana, la rolliza y sonriente ama de llaves o cocinera de la mansión de Steve Merlich.

—¡Ulla! —llamó con lastimero acento—. ¡Hija mía! Vas a enfriarte si continuas toda la noche fuera.

—¡No, no te acerques! —gritó Ulla—. ¡No entraré, no entraré más en la casa! ¡Ella me matará! Quiere matarme y conducirme con sus muertos bajo las aguas.

—Por favor, hijita; nada te ocurrirá. Yo estoy aquí para protegerte. Tu madre te defenderá de cualquier peligro.

Dio unos pasos hacia la muchacha. Pero esta retrocedió de prisa.

—¡No, no! —dejó oír con mayor desesperación que antes, y echó a correr sendero arriba, en dirección a la casa.

Stephana se encaró con el agente del FBI. Su ancho rostro estaba macilento, y los ojos se velaban con unas lágrimas.

—Es mi hija, señor —explicó—. Tiene las facultades mentales trastornadas. Cuando niña recibió una impresión terrible. La señorita Trudy ha sido desde muy pequeña aficionada a la natación,

y no temía entrar en el mar aunque estuviese emborrascado.

—Una mañana en que el oleaje era muy fuerte, se metieron los dos en un bote. Ulla no quería, pero la señorita Trudy la obligó. Cuando se habían separado un cuarto de milla de la costa, Trudy se tiró al agua. Mi hija la llamó, horrorizada. Las olas se hicieron más y más altas. Trudy había desaparecido. Por último, la barquichuela zozobró y Ulla se hundió, pues apenas sabía nadar.

El acento se hizo más áspero, como si las palabras rozaran las cuerdas bucales.

—Trudy la salvó, pues no se hallaba muy lejos; se estaba divirtiendo, y consideraba una broma graciosa lo que había hecho. Cuando Ulla recobró el conocimiento en la playa, su cerebro había dejado de regir con normalidad. Dispénsela, señor.

No añadió más. Dio media vuelta y emprendió el mismo camino que la hija.

Nada extraño existía en ello. Pero los ojos del agente se fijaban en las manos de la gruesa y risueña mujer, en tanto se alejaba, y un estremecimiento recorrió su piel. ¿Por qué la Naturaleza se divertía creando semejantes anormalidades?

Capítulo 3

EDWARD Milkas, en su despacho del Federal Building, miraba por enésima vez la página del periódico "San Francisco Examiner", donde se insertaba el famoso mensaje hallado unas semanas atrás.

$$\int_{12230}^{3751} \left(1 + \frac{1}{n}\right)^n \quad \nexists \quad Au = HNO_3$$

$$n \longrightarrow \infty$$

$$\frac{\frac{dv}{dt}}{9,81} + 0 = 1 + f$$

Absurdo. Completamente incomprensible. Aquella combinación de fórmulas matemáticas, físicas y químicas no tenía sentido común alguno.

Era inútil tratar de realizar las operaciones, porque el resultado era un disparate aún mayor.

Cuartillas y más cuartillas aparecían sobre la mesa, cubiertas de anotaciones de cifras con las que había pretendido arrancar el secreto encerrado en el mensaje. Que quizá no tenía secreto.

La puerta del despacho se abrió varias pulgadas y asomó por la rendija la cabeza de otro hombre.

Hizo entrar su cuerpo del todo en la habitación. Era de mediana estatura y fornido, con el cabello rubio, corto y crespo.

Vestía un traje marrón rojizo, de mezclilla, y camisa gris.

—¿Qué hay, Rud?

Milkas levantó la cabeza y clavó sus ojos, un poco cansados, en su compañero.

—¿Por qué no te retiras a descansar, Edward? Son cerca de las diez de la mañana, y te has pasado toda la noche enfrascado en esa

tarea.

—¡Las diez!

Rud Simpson se deslizó junto a la ventana y descorrió las cortinas que la cubrían. La luz de un claro día abrileño penetró en el despacho, reduciendo la arrojada por una lámpara de soporte y por la que colgaba del centro del techo.

—“Prisco” hace varias horas que se afana en su deporte favorito.

—¿Qué deporte es ese?

—Despojarse del dinero unos habitantes a otros empleando para ello ingeniosos trucos; hasta en ocasiones se hacen pasar por honrados ciudadanos, aunque es lo que más trabajo les cuesta.

Una risita alegre, sana, brotó de la garganta de Edward Milkas, quien se levantó y fue al lado de su compañero.

—Eso me parece excesivo. No se puede negar que San Francisco es una ciudad fascinante, llena de colorido, de entusiasmo por la vida.

Desde donde se encontraban dominaban la perspectiva de Fulton Street en su descenso hacia Marquet.

—De todas las capitales de los Estados Unidos —añadió Edward—, no cabe duda de que San Francisco es la menos yanqui. Posee rincones que se han trasladado con toda su tradición y misterio desde Europa y Oriente, y basta andar unas cuantas yardas para cruzar de un ambiente a otro. Se percibe con los sentidos y la mente una atmósfera electrizante, en la que se recogen gritos de amor, de lucha, llamadas de lo desconocido...

—¿Logras descubrir algo, Edward?

La respuesta fue un enérgico movimiento negativo de la cabeza.

—No. Y me exaspera, porque estoy seguro de que en esos números y símbolos químicos, si es que lo son, se encuentra una de tales llamadas, una petición de socorro que no logro desentrañar.

—¿No es posible que se trate de un truco del periódico que publicó la noticia?

—No, Rud. El mensaje tal vez sea invención de la mente calenturienta de un periodista: Pero el objeto en que se dice que se encontró, la cantimplora, no cabe duda que es la de mí amigo Lukas von Karaman, y por lo que yo sé del aprecio en que la tenía, solo un grave peligro le hubiese obligado a abandonarla. Además... existe algo que empiezo a vislumbrar...

Se dirigió a la mesa y ocupó el asiento tras de ella.

—Ven —llamó—. Observa.

Rud Simpson se aproximó y se inclinó sobre la mesa. Edward señaló al comienzo del mensaje, que se destacaba copiado del periódico en la hoja de un bloc.

—Ese signo —explicó— representa en matemáticas una integral definida. Los números en la parte derecha superior e inferior de la “S” son los límites de la integral, entre los que se halla comprendida.

—¿Y lo que viene detrás? ¿Esos números y letras entre paréntesis?

—Es lo que se conoce en matemáticas como el número “e”, y que se toma como base de los logaritmos neperianos.

Pues bien: ningún sentido tiene la integral seguida del número “e”; pero ahora coge ese mapa de San Francisco y observa los límites entre los que se halla.

“Si le das un valor de grados y minutos a los números indicados, tomando para los primeros las centenas y milésimas, y para los de abajo las centenas, milésimas y diezmilésimas, y para los segundos las unidades y decenas, veras que arrojan las cifras treinta y siete grados cincuenta minutos, y ciento veintidós grados treinta minutos.

“Esto coincide justo con el punto de costa de la península de Marin, en que se recogió la cantimplora: o sea treinta grados cincuenta minutos de latitud norte, y ciento veintidós grados treinta minutos longitud oeste.

—Parece que eso es verdad. Pero, ¿cómo no lo han visto quienes lo intentaron descifrar?

Milkas tardó unos instantes en contestar. Sus ojos se clavaron con fijeza en la agrupación de números y letras.

—Era tan simple, que no se les ocurrió. Les obsesionaba encontrar el valor real de los límites de la integral.

Con un gesto de decisión volvió la hoja.

—No sé —añadió—. Tal vez sea una fantasía, pero empiezo a ver algo inteligible. ¿Llamó “Medio Dólar”?

Rud denegó, y Edward manifestó entonces:

—Está bien; espera aquí por si lo hace. Yo voy a realizar unas cuantas gestiones. Llamaré más tarde.

—Bien, Edward.

Este salió de detrás de la mesa y se dirigió a la puerta.

Al regresar de su accidentada excursión de la noche anterior y tras bañarse, afeitarse y vestirse otro traje, encargo a un pequeño

sujeto, tipo clásico de hampón de puerto, que marchase en una canoa automóvil y se estacionase en las cercanías de la costa donde él estuvo y que vigilara.

En otras ocasiones ya lo había utilizado para sus pesquisas, y nada divertía más a “Half Dollar” (medio dólar), como se le conocía, que aquellos trabajos de investigación, en los que caricaturizaba a los verdaderos detectives.

Nadie como él para seguir un rastro sin que se le descubriera, no obstante acudir a disfrazarse del modo más estrafalario en la mayoría de los casos.

En aquella ocasión fingía ser un ocioso pescador, y se había hecho con un complicado artilugio, apto para la pesca del atún, e incluso de tiburones, con el cual gozaba de forma extraordinaria.

Mientras lanzaba el aparejo, sus vivos ojos de color pardo vigilaban el sector de costa frente a la que se encontraba.

Un suave oleaje mecía la embarcación. Sobre su cabeza, las gaviotas se enredaban en círculos cada vez más apretados, lanzando penetrantes chillidos...

* * *

En el trono que ocupaba una de las seis paredes de la habitación se sentaba el hombre enmascarado, con la absurda cabeza de caballo marino, de color verde, que se balanceaba sobre sus hombros.

A un lado y otro del alto asiento, los hombres-rana, con sus lentes protectoras, los torsos desnudos y las escopetas de caza submarina, se mantenían firmes, como estatuas de la sumergida Atlántida.

—Señores —comenzó aquel fantástico personaje—, les he traído a este lugar con un propósito que, estoy seguro, les entusiasmará cuando les hable de él. Ustedes son científicos y proceden de diferentes naciones. Conozco a la perfección los trabajos e investigaciones que han desarrollado. También sé la situación económica y familiar de cara uno de ustedes, sus relaciones, sus amistades, todo cuanto concierne a sus vidas.

Los cinco hombres y las dos mujeres allí presentes le miraron con la mayor incredulidad reflejada en sus rostros. ¿Era posible que les ocurriera una cosa semejante? Como en sueños oyeron lo que el individuo de la máscara verde, de hipocampo, continuó diciendo:

—Los países a que pertenecen cada uno de ustedes han utilizado para su esfuerzo bélico. Cuantos descubrimientos se han hecho por sus privilegiados cerebros han servido para incrementar el recelo, la desconfianza del mundo, y preparar el advenimiento de una guerra que, fatalmente habrá de acabar con la Humanidad.

Hizo una pausa. Los hombres-rana que le escoltaban permanecían mudos, inmóviles. Irina Oroskosif suspiró, y la gruta se llenó de resonancias, lo que hizo que la bella eslava moviera los ojos a los lados con aprensión.

—Por fuerza, ustedes odian semejante destino de sus esfuerzos —prosiguió el enmascarado—. Me apresuro a decirles que yo no soy un idealista y tampoco un pacifista. Se me da una higa el que las naciones se destruyan y mueran los seres humanos. El censo de los tontos arroja un impresionante porcentaje. Los tontos son prolíficos y, sin duda, serán la causa de que se provoque la contienda mundial que arrase la existencia sobre el planeta, al no poder este mantenerlos.

Guardó silencio unos segundos. Tras su horrenda máscara se adivinaba el brillo malicioso de los ojos.

—Aceptado esto, no queda otra que hacer sino que aprovechar los escasos años que restan hasta el desastre y tratar de escapar de él. Señores, mi intención es crear un vasto dominio, del que este lugar es una muestra. Ingenieros especialistas a mí servicio han construido estas salas, perfectamente acondicionadas para subsistir en ellas indefinidamente.

En los rostros de los científicos se plasmó un gesto de estupor, y algunos se echaron hacia adelante, revelando su interés.

—Ya veo que les admira. Verán otras cosas que colmarán su pasmo. Aquí, señores, estaremos seguros de todo riesgo, y podrán entregarse a su labor con plena dedicación, en la confianza de que cuanto hagan será en su propio beneficio y no para alimentar rencillas internacionales. ¡Qué se maten los demás! Nosotros vamos a gozar alimentar rencillas internacionales. ¡Que se maten los demás! Nosotros vamos a gozar de cuanto bello hay en el mundo.

Tras decir aquello se levantó y se dirigió a la entrada del pasillo.

La grotesca cabeza se balanceaba, y el torso desnudo —en el que el panículo adiposo formaba pliegues que se estremecían al apoyar los pies sobre el suelo— relucía bajo la luz opalina que arrojaban unos globos instalados en el techo de la cueva.

Los seis hombres-rana le siguieron, cerrándose la compuerta tras

ellos. Las siete personas que quedaron encerradas en la enorme nave se contemplaron con estupor.

—Parece una fantasía de las que leía cuando niño —rompió el encantado silencio Oswald Rutten, un hombre alto, rubio y de mirar inocente a través de unos gruesos lentes—. ¡Raptados en plena era atómica por un loco!

—¿Está tan seguro de que lo es?

La duda provenía de otro hombre de mediana estatura, faz cuadrada y pelo gris, corto, que hablaba con marcado acento francés.

—¿Acaso no, *monsieur* Parvas? —replicó Rutten.

—¡Esta situación es absurda, enteramente absurda! —estalló la mujer de más edad, Edda Limington, que poseía la apariencia de un guerrero drávida disfrazado de sufragista para pasar inadvertido por el enemigo.

Un joven moreno, con el rostro aniñado, tez pálida y ojos grandes, negros, se lanzó a hablar deprisa, con un impresionante acento teutón:

—Bueno... yo creo... Después de todo... Debemos confiar, ¿no? Hemos enviado un mensaje, ¿no?

Irina Oroskofich le miró, entre indulgente y burlona.

—Mi buen Lukas —expresó con voz suave—, temo que sea usted un incorregible optimista. Aceptando, en el mejor de los casos, que su preciada cantimplora haya sido recogida por alguien y haya tenido suficiente curiosidad para abrirla y sacar el trozo de papel que metimos dentro, pensará que es una broma, e igual le ocurrirá a cualquiera que lo lea.

Irina se redujo después de pronunciar aquellas palabras, y dio la impresión de una flor que se hubiese cerrado.

Era menuda, de delgados huesos. El pelo, muy negro, recortaba en dos bandas la espaciosa frente, que dominaba sobre un óvalo puntiagudo, de piel muy blanca, y en el que extrañaban los ojos verdes y la boca de capullo, pintada de un rojo sangrante.

Sus amigos yanquis la llamaban “Egg” (huevo), por lo parecido de su cabeza con él.

—No estoy de acuerdo con usted —dijo Chu-Fen, un chino con una notable semejanza con Mao Tsé Tung, el dictador de China—. He vivido mucho tiempo en este país, y sé que una cosa así es aprovechada inmediatamente por los periódicos. Puedo asegurar que han debido publicarlo y hablado de ello hasta agotar por

completo el tema.

—Aunque así fuera —objeto Irina—, ¿quién podrá descifrar semejante galimatías?

Von Karaman inicio una apasionada defensa:

—Si los hombres de la organización para la que lo hemos hecho lo leen... Bueno, estoy seguro de que sabrán interpretarlo. Al menos, eso nos ha asegurado nuestro compañero, el profesor Sergio Toffano, ¿no?

El aludido, el quinto miembro varón de aquel grupo, abandonó la actitud de profundo abatimiento en que parecía sumido, y miró a sus compañeros. Era un sujeto anguloso, calvo, de ojos grises, fríos, y alta estatura.

—Caballeros —declaró, comprendiendo en el calificativo a las mujeres también—, era nuestra única solución. Si una organización poderosa no acierta a descifrar el mensaje ni se interesa por nuestra suerte, estamos perdidos. Recuerden lo que el loco que nos tiene encerrados aquí se propone llevar a cabo. Cuando tenga completo el cuadro de especialistas que trata de reunir, provocará en la ciudad de San Francisco un desastre, comparado en el cual el terremoto de mil novecientos seis no pasará de ser un vulgar accidente.

“Y todo porque en su extraviado cerebro se mantiene fija la idea de que el mundo marcha a su destrucción y pretende aprovecharse de los años que aun queden y fundar un fabuloso reino, Arca de Noé que resista al fuego y al agua, y donde se refugien las cosas de nuestro mundo que él considera deben salvarse.

—Pero, ¿le cree capaz de realizar su disparatado proyecto? —saltó la señora Limington—. ¡Es inaudito!

Toffano denegó con la cabeza gravemente:

—Lo peor de la locura, en ciertos casos, es su lógica irrefutable —manifestó—. Para nuestro raptor es enteramente razonable que, puesto que la Humanidad propende a destruirse, adelantarse a semejante hecho y sacar provecho de su acto. Imagínese: San Francisco destruida, presos del pánico los supervivientes y los secuaces del demonio, autor del horrible desastre, reuniendo los tesoros, acumulando una riqueza incalculable, que desaparecería sin dejar rastro.

El profesor se levantó y clavó sus ojos, que brillaban con luz de angustia, en los demás.

—Falta que se nos reúna el miembro que hará el número ocho de nuestro grupo. Con su llegada, habremos de iniciar la obra de

ingeniería que prepare la gigantesca explosión. Roguemos, por tanto, que el F.B.I. llegue a leer e interpretar nuestro mensaje.

* * *

“Half Dollar” sintió de pronto un violento tirón al extremo del sedal, y se vio arrancado del asiento y volcado contra un lado de la canoa. El carrete comenzó a girar locamente.

—¡Demonios! —exclamó el hombrecillo.

Ante su asombrada vista surgió del agua una cabeza redonda, negra, y unos ojos como huevos de gelatina le miraron fijamente. Inmediatamente surgió otra cabeza, y luego otra.

Aquello fue suficiente. La caña se fue de entre las manos al improvisado pescador, y se dobló por encima de la borda. Un extremo de la manivela del carrete se enganchó en una punta de la chaqueta.

“Half Dollar” fue izado violentamente y quedó suspendido por encima de la barca, pataleando y manoteando, como una rana en el pico de una lechuza.

Comprobó, aterrorizado, que las gruesas cabezas negras se habían multiplicado y eran ahora unas cien.

Pero no paró allí la cosa, sino que en sus esfuerzos por desasirse dio con el pie a la puesta en marcha del motor de la canoa.

La embarcación partió rauda, llevando en aquella postura al desgraciado ocupante, y recorrió los cuatro quintos de milla que separaban una costa de la otra, hasta encallar en una playa cerca de Lincoln Par.

Allí, y tras desgarrar la tela del traje, pudo soltarse. No le había abandonado el susto, y por espacio de un par de minutos estuvo tendido en el fondo, jadeante.

Al incorporarse y mirar hacia atrás, una interjección escapó de sus labios. Una motora partía del punto que le habían recomendado vigilar, en dirección al puerto.

“Half Dollar” no perdió tiempo en lamentarse de su accidentada pesca. Corrió fuera de la canoa con cuanta celeridad le permitía su ágil y menudo cuerpo, y la empujó hasta hacerla flotar sobre las olas de nuevo.

La puso en marcha y la enfiló tras la otra. La primera, una lancha de color blanca y roja, rebasó el parque acuático y se adentró resueltamente en Fisherman’s Wharf, el muelle de

pescadores.

El hombrecillo atracó junto a un barco pesquero, dentro del típico puerto, y se apresuró a saltar a tierra.

Aún pudo ver al pasajero de la otra canoa adentrarse por entre los grupos de personas que rodeaban los mostradores en que se exhibían cangrejos, langostas y camarones recién cocidos.

Aunque el olor a marisco fresco —acabado de traer por la flota— hubiese hecho vacilar al más tenaz de los perseguidores, “Medio dólar” siguió tras su presa, que era fácil de seguir porque se trataba de una mujer de las que entran media docena en cada siglo.

Alta, morena, de líneas armoniosas, caminaba con una gracia y un ritmo perfectos, consiguiendo llamar la atención incluso en aquel sitio donde las mujeres guapas, de todas las nacionalidades, no escaseaban.

Penetró en el “Alioto’s”, un restaurante a cuya puerta funcionaba una caldera, de la que un diligente cocinero extraía crustáceos echados vivos un momento antes y ya cocidos.

Su seguidor la vio dirigirse a una mesa a la que se sentaba un hombre corpulento, de pelo rubio, tez de color ladrillo babilónico y ojos grises, pequeños, como puntas de florete.

“Half Dollar” entró a su vez en el local y se encaminó a la cabina telefónica. Depositó un níquel y marcó.

—¡Señor Milkas! —gritó nada más oír que al otro extremo se establecía comunicación.

—El señor Milkas no se encuentra ahora aquí —informó Rud Simpson, que fue quien tomó el auricular en el despacho—, pero dime el recado que sea para que se lo trasmita.

“Medio dólar” le comunicó dónde estaba.

—... un ejército submarino —añadió—. Le digo que eran cientos de individuos, todos con la cabeza redonda y lentes negras. Quisieron apresarme...

—¿Alguna vez viste una foca? —le cortó Rud.

El hombrecillo experimentó la sensación de que una nube se evaporaba de su cerebro y el sol de la mañana le alumbraba profusamente.

—¡Demonios! ¡Eran focas! —exclamó.

Y oyó por el aparato que sostenía pegado a su oreja:

—Focas, eso es. Las focas son mamíferos, lo que quiere decir que su naturaleza es igual a la tuya.

Capítulo 4

EL teniente O'Landry, de la Metropolitan Police de San Francisco, examinó con una sonrisa cansada a su visitante.

—Milkas—pronunció con el tono de un guía profesional que describe por centésima vez en el día la misma ruina a los turistas—, le asombraría saber la serie de interpretaciones que nos han sido dadas de ese maldito mensaje, encontrado en la cantimplora.

Se echó hacia atrás en su asiento. Era un hombre gordo, de cara redonda y mofletuda, y ojos negros y vivos, que denotaban inteligencia.

—La última —añadió— hizo que consultáramos con el profesor Teller, nada menos, ya que se nos aseguró formalmente que la nota encontrada correspondía a la fórmula de la bomba de hidrógeno.

Milkas se levantó del asiento.

—Comprendo —expresó—. En mi caso, sin embargo, existe un hecho real, y es la cantimplora en que se halló el mensaje.

—Ya me lo ha dicho. Es una curiosa coincidencia, desde luego, pero debe aceptar mi palabra de que no es otra cosa sino eso. Su amigo se desprendería de la cantimplora hace tiempo, y... a propósito, ¿que era su amigo?

El joven agente, que le contemplaba con una sonrisa divertida en los labios, confió:

—Un científico alemán que trabajaba en cuestiones relacionadas con la energía nuclear y que se refugió en España al finalizar la guerra mundial última. Luego vino a este país. Lukas von Karaman. Tal vez haya oído hablar de él.

Sin otro comentario, hizo un saludo con la mano y se ausentó. La ancha cara del teniente quedó tan redonda e inexpresiva como la de un pierrot.

Desde el teléfono de un bar de Marquet Street, Edward llamó a su despacho, y Rud Simpson le informó del aviso dado por “Medio dólar” poco antes.

En su Cadillac negro, que se encontraba aparcado a poca distancia, enfiló hacia el norte de la ciudad. En unos veinte minutos se encontró en Fisherman's Wharf, “Half Dollar” se situó ante él surgiendo de una esquina.

—Siguen ahí dentro, agente —informó con su voz aguda—. Él ha intentado comerse un cangrejo sin pelar, pues no le quita ojo de encima a ella y apenas se da cuenta de lo que hace.

Edward se aproximó a la entrada del local y atisbó el rincón donde se encontraba la pareja. En efecto, era Trudy, la hermosa morena que habitaba en la media fortaleza del sur de Marin. Y él, como había dicho el hombrecillo, daba la impresión de estar en situación de que le sacaran la silla de debajo sin que se diera cuenta.

El joven regresó junto a “Half Dollar”.

—Lleva la canoa al embarcadero y vuelve luego a mí despacho. Quiero que ayudes al agente Simpson.

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—Pasar hojas. Revisar los periódicos de San Francisco desde hace cinco años.

Se separó del hombrecillo, cuya boca se había abierto configurando una O perfecta. Penetró en el restaurante y buscó una mesa apartada de la que ocupaban Trudy y su acompañante.

Pidió cerveza y camarones, y adoptó una cómoda postura. Desde luego, no pretendía pasar inadvertido, sino llamar la atención de la mujer.

De pronto, se dio cuenta de que Trudy estaba mirando. Continuó imperturbable pelando camarones. Estaba seguro de lo que sucedería a continuación.

Así fue: la joven dijo algo al hombre de tez rojiza, este llamó al mozo del comedor y le pagó. Acto seguido, salieron rápidamente, pero ella se volvió a mirar desde la puerta.

Edward espero unos segundos y se marchó a su vez. La pareja entraba en aquel momento en un Ford sedan, de color oscuro, y arrancaba hacia el centro de la ciudad.

El Cadillac se deslizó tras el y conservó la distancia justa para no perderlo de vista.

El Ford penetró en el estacionamiento subterráneo de Union Square, Edward aparcó el Cadillac en el exterior de la bella plaza y aguardó a que reaparecieran Trudy y su rubio amigo.

Lo hicieron, encaminándose al Hotel Plaza. Hecho tras ellos y, con asombro por su parte, vio que se despedían en el “hall”.

En el “comptoir” le aclararon el asunto.

—El señor de la piel rojiza —contestó el empleado a la pregunta del joven, que le deslizó un billete de diez dólares sobre el

mostrador— es Lars Haansen, un notable investigador en el campo de la química industrial. Esta tarde, los miembros de la colonia sueca dan una fiesta en su honor, en el salón Verde, séptimo piso.

Aquello le sugirió una idea. Sin duda, la fiesta era de etiqueta, y con su traje gris no podría presentarse.

—Atienda, amigo —dijo, luciendo ante los atentos ojos del empleado otro billete, este de cincuenta—. Necesito una habitación y necesito un “smoking”, solo para esta tarde. Tenga mis medidas: uno ochenta de estatura y uno diez de perímetro torácico. Con eso y con haberme visto, confío en que no me traiga una funda de contrabajo.

—Descuide, señor.

Retiró del tablero que tenía a su espalda unas llaves que entregó al joven, y golpeo en un timbre.

Un botones se presentó en una fracción de segundo.

Edward caminó tras él y entraron ambos en el ascensor.

La habitación que le asignó el empleado se hallaba en el mismo piso que el salón donde se celebraría la fiesta.

No transcurrió un cuarto de hora, y el mismo botones que le había conducido hasta allí se presentó con el traje encargado. Dio una moneda de a dólar al chico y lo despidió. Procedió a embutirse en el “smoking”.

Aunque algo exiguo de pecho, no le quedaba mal del todo. Salió de la habitación, cerrando tras sí, y se encaminó al salón Verde. Vacilaba en la puerta, cuando se sintió empujado y precipitado dentro.

Dos muchachas altas, rubias, habían sido las autoras del asalto. Eran dos bellas criaturas nórdicas, de ojos dorados y bocas grandes, prontas a la risa.

Le rodearon, contemplándole con ansia, sin recato alguno. Hablaban sueco, y lo hacían a una velocidad de récord taquigráfico.

—¡Lo he visto yo primera! —decía la que parecía mayor—. Prometiste que...

—¡Pero me refería a un tipo corriente! —repitió la otra—. Este es un fuera de serie.

—¡Pues no te lo cederé!

—¡Eso lo veremos!

Edward Milkas las miraba entre asustado y divertido. Le salvó del apuro una mano suave que se apoyó en su brazo. Se volvió, encontrándose cara a cara con Trudy, que lucía un vestido de

noche, azul claro, con los brazos, hombros y espaldas al descubierto.

—¡Bien, señor Milkas! —expresó en tono bajo, intenso—; ¿quiere explicarme a qué obedece su persecución?

Edward hizo una seña al camarero que estaba libre. Interrogó con las cejas a la joven.

—Dos de champaña —pidió y se volvió a examinar a su compañera.

—Trudy, voy a ser sincero con usted. Es verdad que no puedo apartar de mí pensamiento la idea de que mi amigo se encuentra en peligro y de que ese mensaje encierra el secreto de su situación. Comprendo que es fantástico lo que voy a decirle a continuación, pero por momentos se va robusteciendo en mí la idea de que la interpretación que voy dando al mensaje es la acertada. Fíjese.

$$\int_{12230}^{3751} \left(1 + \frac{1}{n}\right)^n \quad \text{A}_u = \text{HNO}_3$$

$n \longrightarrow \infty$

$$\frac{\frac{dv}{dt}}{9.81} + 0 = 1 + f$$

—El signo primero que representa una S es en realidad lo que en matemáticas se conoce como una integral definida.

“Quiere decir que lo que sigue a continuación está comprendido entre los límites que señala, o sea, las cantidades que figuran en la parte superior e inferior de la misma.

“Si usted tuviera un mapa de la región de la bahía de San Francisco, comprobaría que esas cantidades corresponden a los grados y minutos de altitud y longitud del punto de costa aproximado en que se halló la cantimplora.

—Muy ingenioso —pronunció Trudy ligeramente, aunque la llama del interés se había encendido en sus pupilas.

—El signo que sigue—continuó el agente del F.B.I., sin alterar el tono de su voz— entre los paréntesis elevado a la potencia n y por debajo esa misma n con una flecha y el ocho tumbado que es el

símbolo de infinito en matemáticas, se conoce con el número “e”.

“A continuación, sigue el signo “no es mayor que” tras el que aparece un símbolo químico, Au, el que corresponde al oro. Es decir, tenemos S, “e” y una Au.

“Si mira la combinación de letras y números de prisa verá que se destacan la S y la A, y el número “e” en medio. Esto nos deja una palabra “Sea”, que es igual a “mar”.

“Podemos, por lo tanto, deducir que alguien o algunos se encuentran en la latitud y longitud indicadas dentro del mar.

Trudy permaneció fija en la cuartilla unos momentos. Después, echó la cabeza hacia atrás y lanzó una cristalina carcajada.

—Posee usted una imaginación asombrosa —dijo—. ¿Y qué más le dice ese jeroglífico?

—Pues entre otras cosas —afirmó Edward con seriedad—, me descubre que son siete los seres humanos que se hallan en peligro, que aguardan la llegada de otro, que hará el número ocho, y que cuando esto suceda se producirá un desastre.

Ahora la faz de Trudy se distendió por el asombro.

—¡Eso... eso es imposible! ¿Cómo... cómo puede saberlo... quiero decir de qué forma ha deducido eso?

Edward sonrió entonces.

—Si lo primero que he dicho es verdad, todo lo demás debe serlo también —declaró.

“Ante todo, está claro que ningún valor real se ha pretendido que posean estas fórmulas. Quienes redactaron el mensaje se valieron de sus conocimientos científicos, del lenguaje que podían entender quienes estuvieran también iniciados en tales conocimientos, para dar cuenta de su situación.

“Los símbolos matemáticos y químicos se alternan. Hemos visto que con un número se ha llegado a obtener una letra, la “e”. Pero las letras, los símbolos químicos, ¿tienen a su vez valor numérico? Sin duda.

“Existe un cuadro o sistema periódico de los elementos en que todos los símbolos ocupan un lugar numérico. Dicho cuadro lo estableció el sabio químico ruso Mendelejev.

Trudy contemplaba al joven con una expresión indescifrable.

—¿Y quiere decir que...?

—Justamente. La N es el símbolo del nitrógeno y tiene el número siete; la O, el oxígeno, el ocho; el hidrógeno, la H, es el uno, y Au, el oro, el setenta y nueve.

“Naturalmente, es preciso prescindir de algunas reglas y seguir la lógica exclusivamente del razonamiento que supongo presidió la confección del mensaje.

“La S primera, el azufre, ocupa el puesto dieciséis; se dice que no es mayor que Au, el setenta y nueve; luego hay que admitir que en este no se ha considerado su valor real, sino la suma de los dos números, el siete y el nueve, de ahí que aparezcan seguidos del signo igual y la fórmula HNO, cuyos elementos tomados aisladamente, el hidrógeno, uno, el nitrógeno, siete y el oxígeno, ocho, suman también dieciséis.

—¡Increíble! —Trudy dejó escapar la exclamación de igual modo que se le hubiera caído de entre los dedos cualquier objeto que sujetase; tal era su estupor.

Su acompañante sorbió de la copa que le había puesto delante.

—Desde luego —añadió—. Es sumamente ingeniosa la forma en que han redactado su llamada de socorro. Pues una llamada de socorro es y no otra cosa.

“La S primera seguida del paréntesis y la Au, que es a su vez, como ya le he dicho, también otra S al sumar los componentes del primero setenta y nueve y dar dieciséis, muestra claramente la palabra SOS.

“Pero no se detiene ahí el mensaje. HNO₃ es la fórmula del ácido nítrico, del que se obtiene el nitro, base de una serie considerable de explosivos.

Edward varió el tono de su voz, que se hizo más intensa, apasionada:

—Trudy —habló—, no tome a la ligera lo que le digo. Estoy comprobando las últimas desapariciones que haya habido de hombres de ciencia de este país. Son científicos los que han hecho el mensaje, como lo es mi amigo Lukas von Karaman, el dueño de la cantimplora.

Trudy recobró parte de su entereza.

—Confieso mi aturdimiento —manifestó—. Oyéndole me ha parecido entrar de pronto en un mundo del futuro, sorprendente. Pero con todo eso, y aceptando que sea correcta la interpretación del mensaje, ¿qué tiene que ver nuestra casa...?

—Le dije anoche que era lo que trataba de adivinar —contestó el joven—. Mi teoría es que en cualquier punto de esa costa, y por motivos que desconozco, siete hombres, siete sabios, se hallan prisioneros. Cuando anoche me atacaron los que usted califica de

“ganapanes” merodeadores furtivos del terreno de su propiedad, y “Babyrob” quiso concluir la tarea que ellos empezaron, comencé a sospechar que podía estar todo relacionado.

Trudy volvió la cabeza para mirar al salón. Se apreciaba su preocupación.

—¡No puede ser, no puede ser!

Milkas la contempló con simpatía. Comprendía lo que pasaba por la joven.

Como él, se daría cuenta también de que el juguete de su tío, el robot que había espantado a cuantos antes se aventuraban por aquellos parajes, no era otra cosa sino un medio hábil de conservar sin curiosos el teatro de operaciones.

Estaba, por otra parte, aquel barco anclado en la pequeña ensenada, sin tripulantes, al parecer solitario. ¿No sería la prisión de los siete sabios?

—Trudy, tenga cuidado y mantenga los ojos bien abiertos —recomendó—. Piense sobre ello y tal vez descubra algún detalle que le aclare cuanto digo.

—Pero mi tío... ¡No es posible! ¿Y para qué?

Reflejaba el mayor desconcierto.

—No lo sé —declaró el agente—, pero no se preocupe ahora por ello. Límitese a estar alerta y procure evitar que la utilicen como instrumento para algún asunto turbio.

Una orquesta de negros, colocada en un estrado al otro extremo, atacó resueltamente con una pieza, un *fox* lento. Edward hizo un gesto a la joven invitándola a salir a la pista.

Con abandono, como sin darse cuenta de lo que hacía, la mujer se dejó rodear el talle y se deslizaron en los giros de la danza.

Al poco rato, Trudy se retiró un poco de su pecho y alzó la cabeza para mirarlo. Una sonrisa maliciosa se insinuaba en sus labios.

—Baila usted muy bien, señor Milkas —reconoció— aunque me lleva como a un gato entre los brazos. Con cuidado y pasándole la mano por el lomo, pero temiendo que le arañe.

Milkas se echó a reír.

—Algo hay de eso —aseguro—. Recuerde lo que el poeta Whitman dice de la mujer: “Es una fiera que participa de la paloma, de la serpiente y del tigre. Y nunca se sabe cuándo predomina una de esas partes de su naturaleza”.

—Nunca me gusto Whitman —rechazo Trudy, y volvió a apoyar

la cabeza en el hombro de Edward.

El federal sentía la emoción que en su víscera cardíaca despertaba aquella mujer. Su naturaleza respondía sin contenciones el atractivo, y Trudy lo poseía en grado sumo.

La joven se detuvo entonces, interrumpiendo sus pensamientos.

—Perdón —dijo—. Le ruego me disculpe, señor Milkas, pero he de dejarlo.

Giró la cabeza para indicar la presencia de un nuevo participante de la fiesta. En realidad, el principal de ella, el sueco Lars Haansen, a quién un grupo de compatriotas rodeaba y felicitaba calurosamente, aunque, tratándose de suecos, parezca exagerado decirlo.

Edward asintió con la cabeza. Y observó, enfadado, cómo la joven avanzaba al encuentro del adorador, quien de inmediato prescindió de cuantos le rodeaban y se prendió de ella como un cangrejo a la ropa de un náufrago.

El joven paseó un rato. Fumaba un cigarrillo sorteando las acometidas de varias ardorosas escandinavas. Estaba preocupado.

En la exposición que había hecho de la interpretación dada al mensaje estaba seguro de que algo fallaba, pero no acertaba el qué. Y le irritaba, porque quizá de ello dependiera la vida de alguna persona.

Vio a Trudy encaminarse del brazo de Haansen hacia la terraza. Vio algo más. Un par de individuos abandonaron sus puestos frente a la barra del bar y se encaminaron en seguimiento de ellos. Su gesto no podía ser casual.

Edward atravesó rápidamente el salón, ocupado por parejas de baile. Empujó la puerta de cristales y se encontró en la terraza del hotel.

La luz era discreta y permitía rincones acogedores, auténticos jardines de Verona, donde recitar las bellas frases de amor de Romeo y Julieta... si bien el amor allí, en la mayoría de los casos, era mudo.

Le pareció distinguir en uno de aquellos rincones la silueta de Trudy y la del científico sueco. Dio unos pasos en su dirección, con todos sus sentidos al máximo. Se introdujo en la zona de sombra.

Y de pronto tuvo consciencia de que había caído en una trampa.

Sintió que le sujetaban por la cintura. Golpeó al frente, pero su puño se perdió en el vacío. Intentó moverse, y algo pesado le cayó sobre la cabeza y los hombros.

Volvió a golpear, con el mismo resultado. El saco o manta que le habían echado sobre la cabeza se cerró alrededor del cuello.

Y se derrumbó en tierra al querer adelantar una pierna, pues se encontraba estrechamente ceñido por unos miembros de extraordinaria potencia, cuyos músculos notaba como los nudos en el tronco de un árbol.

Tendido en tierra, no pudo evitar que le ataran por encima de las rodillas y los brazos a la espalda, a la altura de los codos.

A continuación se sintió alzado del suelo, todo en un impresionante silencio, y transportado un trecho. Le depositaron sobre lo que de inmediato tuvo la seguridad era el pretil de la terraza.

Y, de modo increíblemente rápido, le arrancaron de la cabeza el capuchón con que le habían cegado y soltaron sus ligaduras de los brazos y piernas lanzado al exterior para que se estrellara contra el duro pavimento de la plaza.

Capítulo 5

SINTIO el brutal empujón y rodó sobre la estrecha superficie. Pero si el movimiento para lanzarlo había sido rápido, su acción para contrarrestarlo fue fulminante. Le habían situado de cara a la piedra y el golpe le hizo dar una vuelta y situarse boca arriba, para enseguida caer del otro lado y precipitarse desde doscientos pies de altura. Pero sus músculos eran obedientes al mandato del cerebro como corceles de pura sangre.

Sus dedos, garfios poderosos de acero, se afianzaron en el borde del pretil. Y pegó su cuerpo contra el muro, de forma que, aunque quedó suspendido y en posición peligrosa, no cayó.

Temiendo que sus enemigos hubiesen esperado hasta ver consumada su obra y quisieran golpearle en las manos para que se soltara, se deslizó, en un alarde extraordinario de fortaleza, a lo largo de la lisa pared.

Y con un esfuerzo final se izó y pudo encaramarse sobre la balaustrada. Se dejó caer al interior de la terraza.

Durante unos segundos permaneció inmóvil, recobrando el ritmo normal de la circulación de la sangre.

Había sido un momento espantoso aquel en que sintió en su espalda el aliento helado de la muerte, la nada que le arrastraba a su seno.

Pero aunque no era hombre que desdeñara el peligro, tampoco le concedía mayor importancia al que ya había pasado. Y se rehízo con celeridad.

Mientras, sus ojos habían comprobado que, en un radio de unos treinta pies, la terraza estaba desierta y, por tanto, quienes le atacaron se habían esfumado.

Arregló los desperfectos del “smoking” y se dirigió al salón donde se celebraba la fiesta. Al entrar en él, comprendió por qué pudo ocurrir el que hubiesen querido acabar con su vida sin que nadie interviniera.

El jolgorio era ensordecedor, y el combustible líquido del alcohol convertía a cada persona en una carga explosiva de efusividad y palabrería.

Los suecos, en aquello, también probaban su alto grado de

civilización, pues, ni entonaban himnos patrióticos o canciones populares.

Edward buscó con la mirada a Trudy y al homenajeado, pero no les halló.

Pregunto a un hombre de pelo rubio muy claro, casi blanco, que miraba al techo con melancolía y que le pareció más sereno, pero aquel individuo no le hizo el menor caso. Sin cambiar de actitud e dejó el agente.

Al hallarse a unos diez pasos se volvió a mirarle, lo que le deparó el verlo caer al suelo, inconsciente, debido a que una muchacha le palmeó en la espalda.

Estaba borracho como un mosquito de bodega y su tiesura era la única defensa para tenerse en pie.

Un camarero del bar meneó la cabeza denegando, al preguntarle Milkas por las personas que le interesaban:

—No podría decírselo, señor. Es tal el bullicio de los que se encuentran en la sala, que podrían matar a cualquiera sin que nos enterásemos.

“Cosa cierta”, pensó Edward. Por lo menos, él estuvo a punto de ser víctima de semejante circunstancia.

Regresó a la terraza y la registró concienzudamente, valiéndose en las partes más oscuras de su pequeña linterna.

Pero no encontró a quienes buscaba. Regresó al salón y lo atravesó en dirección a la salida, comprobando la «Usencia de la sobrina de Steve Merlich y de su pretendiente.

En el cuarto que había alquilado se vistió su ropa y abandonó el “smoking” sobre la cama. A su llamada acudió el botones. Edward desplegó un billete de diez dólares ante sus ojos.

—Muchacho —dijo—, voy a examinarte en economía. ¿Cómo podrías ganarte este billete sin esfuerzo alguno?

—Indicándole dónde se juega las cartas y dónde puede obtener la compañía de una joven agradable que...

—¡Alto, alto! Más sencillo que todo eso. Procurándote una información por mí. Quiero que preguntes a tus compañeros y abajo, en recepción, si han visto salir a una pareja.

El “boy” guiñó un ojo con malicia.

—¡Ah, ya! —exclamo—. Usted es detective. Lo “calé” en cuanto le vi.

El agente del F.B.I. sonrió al despierto botones. Le dio las señas de Trudy y del investigador sueco y lo despidió.

No quería que le sorprendieran inquiriendo él el paradero de aquellas dos personas y el muchacho conseguiría mejor la respuesta.

Pronto lo tuvo ante sí de nuevo.

—Ella subió al cuarto común a desvestirse —informo—. “Salmonete” pidió su coche y salió del hotel. La dama aún permanece en la habitación.

Milkas le entregó el billete y el traje de etiqueta, y se marchó tras enterarse de dónde se hallaba aquel cuarto alquilado por la joven para su uso.

Descendió al tercer piso y subió un amplio corredor hasta detenerse frente a la puerta señalada con el número 313.

Golpeó, pero no atendieron la llamada. Repitió el tabaleo, con el mismo resultado. Entonces, y aun a riesgo de sorprender a alguna doncella en paños menores, empujó el picaporte y abrió.

Era una habitación amplia, matrimonial, en aquel momento muy desordenada, y flotando en el ambiente el inconfundible perfume femenino.

Se hallaba solitaria. O así lo creyó, al menos de momento. Pero alguien se movió tras el espacio ocupado por las cortinas de grandes listas negras y rosas que cubrían la ventana.

Edward distinguió perfectamente un pie sobresaliendo por debajo de la tela, calzado con una sandalia. Un pie femenino sin duda.

Avanzó resuelto hacia la ventana y apartó la cortina. Y se encontró frente a sí con la cara pálida, afilada, y como aplastada ligeramente en algunos puntos, de Ulla, la hija del ama de llaves de Steve Merlich.

—Señorita —manifestó el agente con cierta sorna—, su propiedad de surgir en los lugares más inesperados podría ser aprovechada por un inteligente promotor de espectáculos teatrales. No me diga que se encuentra aquí esperando el próximo eclipse lunar.

—¡Ella le matará! —fue la asombrosa contestación.

—Empiezo a creerla. Por lo menos, su proximidad es peligrosa. Hace poco quisieron tirarme por la terraza a la calle. Pero, ¿dónde se encuentra? Me dijeron que no había salido de esta habitación.

Ulla dejó oír una risa aguda, musical, pero tan falsa como el canto de un estornino imitando al sinsonte.

—Nunca está donde debe estar —aseguró, con evidente falta de congruencia, pues ella era quien se presentaba donde al parecer no

tenía nada que hacer—. Ahora quiere bajar otro hombre a su museo submarino. Allí se convierten en estatuas y permanecen para siempre, con la misma forma y los ojos abiertos, pero sin vida.

—Ulla —pronunció afectuosamente Edward—, ¿no cree que debería volver a su casa? ¿Quién la trajo aquí? ¿Cómo vino?

Ulla lanzó otra carcajada y salió del hueco de la ventana situándose en el centro de la habitación.

—¡Le matará también a usted! Siempre lo hace. Lleva a sus amantes allí, junto a las rocas, y los ahoga, arrastrándolos al fondo del mar.

Milkas miró consternado a la loca. Pero de pronto surgió en su mente un aviso. Tal vez aquella locura tuviese fundamento.

¿Y si se refiriera a los autores del mensaje, los cuales hubieran sido encerrados en alguna parte, cercana al mar, y Ulla creyera que los había ahogado, achacándoselo a Trudy por el resentimiento que sentía hacia ella?

—Ulla, ¿quiénes eran esos hombres? —le interrogó, aproximándosele.

La joven, que vestía su especie de túnica verde, retrocedió, mirándole con temor.

—No, no lo sé. Llegan, y... Ella los acompaña, y él también. Se quita el disfraz, ¿sabe? Se quita el disfraz, los conducen luego a la orilla del mar... ¡Ella los ahoga! ¡A usted también lo matará!

Y con un extraño grito, como si un pájaro hubiera expirado en su garganta, se precipitó hacia la puerta y salió.

Edward no se movió. Durante unos segundos estuvo en medio de la habitación.

Por fin, arrojando una mirada circular al cuarto, salió también.

No vio en el “hall” del hotel a Ulla, por lo que supuso se había marchado y estaría camino de su casa.

Le preocupaba lo que le dijo la joven trastornada. En realidad, coincidía con la teoría que se había forjado.

Se dirigió a su despacho. Rud Simpson, sentado a la mesa, y “Half Dollar” sobre la alfombra, repasaban gruesos volúmenes con tanto interés que no se dieron cuenta de su presencia hasta que carraspeo para llamar su atención.

—¡Agente! —chilló enseguida “Half Dollar”, levantándose de un salto—. Ya lo tengo.

—¿Qué tienes?

—Dos. Dos científicos desaparecieron hace dos meses y aquí, en

el “San Francisco Chronicle”, dan la noticia de que posiblemente se hayan refugiado tras el “telón de acero”

Edward tomo en sus manos el diario y leyó donde el hombrecillo le señalaba:

“Irina Oroskosif y Sergio Toffano, ambos técnicos en física radiactiva, han desaparecido. La Policía, que investiga su posible paradero, admite hayan podido escapar embarcados en un mercante noruego que les llevaría a Oslo, y de allí pasarían a Finlandia y posiblemente a Rusia.

“Intervinieron en las investigaciones nucleares desarrolladas en Oak Ridge, aunque posteriormente se les separó del servicio por haberse negado a declarar ante el Comité Investigador del Senado sobre las supuestas simpatías rusas de algunos de sus compañeros”.

El joven devolvió el periódico a “Half Dollar” y arqueó las cejas, mirando a Simpson.

—En los años anteriores no hay, Edward —reveló Rud.

—Todo parece indicar que el asunto empezó hace poco —asintió Milkas—. Pero no hay duda de que es correcta la interpretación dada al mensaje.

Siete hombres de ciencia se encuentran en peligro, en espera de que otro se les reúna, lo que determinará que se origine un desastre cuya importancia no podemos calcular.

Desde luego, la clave se halla en ese caserón aislado del otro lado del puente de la Golden Gate.

Allí, seguramente, en el yate anclado en la pequeña bahía o en otro lugar cualquiera, una cueva o gruta de las cercanías se encuentran esos hombres...

* * *

El hombre de la grotesca cabeza de caballo marino estaba hablando. Y el tono de su voz sonaba en aquella ocasión áspero y malhumorado.

—Han sido ustedes muy listos, señores. Confieso que jamás pasó por mí imaginación que el mensaje que publicaron los periódicos tuviera nada que ver con ustedes. Muy ingenioso el procedimiento. Pero tal vez no hayan comprendido bien la situación de ustedes.

Su torso se estremecía al inspirar con avidez. Los seis hombres-rana de la escolta conservaban su inmovilidad amenazadora.

El profesor Toffano se puso en pie y miro a sus compañeros con

una expresión de regocijo en su angulosa faz.

—¡Dios Santo! Esto indica que nuestro mensaje ha sido interpretado. Saben que estamos vivos y en peligro.

El hombre de la máscara verde gruñó, despectivo:

—No se alegren tanto. Por si les interesa, hay un agente del FBI que reconoció el recipiente donde ustedes introdujeron la nota con el mensaje. Parece que es un antiguo amigo del profesor Von Karaman. Ese ha sido el motivo de que sospechara que las fórmulas matemáticas físicas y químicas que ustedes escribieron tuvieran una interpretación distinta de la que corrientemente se les asigna.

—¿Ven? Estaba seguro de que el FBI intentaría descifrarlo. Podemos tener esperanzas.

Una risa convulsiva agito los pliegues sebáceos de “Caballo Marino”. Tal y conforme se hallaba retrepado contra el respaldo del asiento, con su cabeza de hipocampo sobre los hombros, y sus fofos brazos descansando sobre los del sillón, ofrecía el aspecto de una deidad de las regiones marinas abismales, un gobernador de los estados de Neptuno.

Su risa se mantuvo cerca de un minuto. Al calmarse, se notaba que el duendecillo de la diversión se retorció todavía dentro de su pecho.

—Por favor —manifestó—, no menosprecien mi poder.

Soy dueño absoluto de mis acciones, y en este lugar nadie puede discutir mi autoridad. Les he reunido aquí para llevar a cabo una obra que redundará en beneficio de todos, y nada ni nadie podrá impedirlo. Recuérdenlo bien. Como demostración de mis palabras, les anuncio que pronto aumentará nuestra familia científica.

Otra descarga de hilaridad agitó sus mantecas.

Irina se aproximó al joven Lukas y se cogió nerviosa a su brazo:

—¡Era horrible! —susurró—. No puedo soportar su presencia.

—Valor —animó el alemán—. Alguien conoce ya nuestra situación.

—Pero, ¿por qué confía tanto el profesor Toffano en el FBI?

“Caballo Marino” se fijó en ellos. La risa se le apaciguó como antes.

—Celebro que se entiendan —dijo—. Hasta me gustaría que entre ustedes se iniciara algún romance. Yo les casaría con mucho gusto, pues como jefe absoluto de cuanto se encierra aquí estoy facultado para hacerlo, igual que los capitanes de los barcos.

Se levantó a continuación.

—Piénsenlo bien, señores. Y no sueñen. No existe ninguna posibilidad de que les rescaten. Aunque el profesor Toffano confíe en el FBI.

El aludido giró lentamente hasta darle la cara. Sus ojos fríos, de un gris plomo, miraban con el desapasionamiento de una máquina.

—Creo que debe reflexionar con tiempo suficiente —expresó— y desistir de su loca empresa. Pues no dudo de que nos encontrarán y acabarán con la odiosa esclavitud a que nos somete.

Las palabras del profesor paralizaron un momento al gordo enmascarado. Luego, sin replicar, se retiró. Los hombres-rana cerraron la marcha e hicieron descender la compuerta, cerrando así herméticamente la sala.

Los siete prisioneros se contemplaron con desaliento.

Irina se volvió hacia Lukas von Karaman y le espetó:

—¡Amigo suyo! ¿Acaso entre sus amigos se encuentra algún agente?

El joven alemán negó enfáticamente:

—No —corroboró—. ¡No, mil diablos! Paso revista a todos mis amigos, y no recuerdo quién pueda ser ese agente.

El profesor Toffano era el más abatido. De nuevo se había sentado, y sujetaba la cabeza entre las manos, apoyando los codos en las rodillas.

La señora Limington dejó escapar un “¡Uf!” de desesperación y se dejó caer también en una silla, que crujió bajo su peso.

—No nos desanimemos —habló Chu-Fen—. Si ese agente tiene idea de lo que nos pasa, no parará hasta descifrar el mensaje por completo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —exteriorizo su opinión Oswald Rutten—. Si no posee los conocimientos científicos precisos, a lo más que habrá llegado es a establecer una relación de peligro acerca de su amigo el señor Lukas von Karaman, y nada le dirán las demás cosas. Una situación como la nuestra le parecerá tan fantástica que ni se atreverá a imaginarla.

Un pesado silencio les envolvió.

* * *

Edward había anotado en una cuartilla los nombres de los siete científicos que, con ligeros intervalos de tiempo, habían desaparecido en el territorio de los Estados Unidos. Todas las

desapariciones correspondían a un período de seis meses.

—¿Acaso será una banda de espías que se dedica a sacar fuera de los Estados Unidos a los científicos que parecen estar en cuarentena para la política de este país? —le preguntó Simpson.

—No, Rud. Se oponen a ello varias razones. La primera, el mensaje mismo. Si se les hubiese sacado del país, como dices, no tendría sentido. Segundo, lo que en dicho mensaje se dice.

—Pero no comprendo cómo has podido deducir el que esos científicos se habían evaporado y exactamente en número de siete.

Edward sonrió. Hizo un gesto, invitando a su ayudante para que se le uniera. La cuartilla con el mensaje se encontraba sobre el borde de la mesa de despacho.

—Observa —indicó—. La S que ves ahí reproducida pertenece a una integral, como ya te he explicado en otra ocasión. Integral quiere decir conjuntar, o sea, reunión. Se ha tomado pues, para indicar varias personas, y no una sola, que se encuentran reunidas. Ya resolvimos la cuestión de los límites, que pertenece a medidas de longitud y latitud de un territorio determinado, que coinciden con el punto en que se halló la cantimplora que contenía el mensaje.

“La fórmula siguiente ($1 \text{ más } 1n \text{ partido por } n$) sabemos que posee el valor “e”, que nos sirve para formar la palabra “sea” (mar) con la A del símbolo químico siguiente. Mas para que se realice la equivalencia “no es menor que”, según el signo hemos de atribuir valor numérico a las letras ahora.

“Para ello recurrimos al cuadro de los elementos ideado o perfeccionado por Mendelejev, y sabemos que la S es el símbolo de azufre, que ocupa el lugar dieciséis; la N, que aparece tres veces en el número “e”, corresponde al nitrógeno y su puesto es el siete.

“Pero encontramos también otro signo, un ocho tumbado, que en matemáticas representa al infinito. La N seguida de la flecha que apunta al infinito indica que tiende a él, pero esto no tiene sentido.

“Lo posee, sin embargo, en cuanto vemos que N es siete y que el ocho tumbado puede ser efectivamente un ocho y corresponder al símbolo del oxígeno, la O.

—¿Cómo es posible que con tan pocos signos se digan tantas cosas? —le interrumpió Rud.

—Ese es el mérito de quienes confeccionaron el mensaje. Todas las letras y números que han empleado guardan una íntima relación entre ellos y se justifican entre sí.

“Por eso, para saber que el signo del infinito no es sino un ocho,

basta comprobar que sumando a la N, siete, y al uno, que entran en la composición del número “e”, suman dieciséis, como la S del principio y como la suma de los componentes del Au, el oro, que tiene en la tabla de Mendelejev el setenta y nueve, por lo que se dice que “no es menor”, como sería necesariamente si lo tomásemos en su valor numérico real.

“La conclusión es evidente: siete personas se hallan prisioneras, integradas, entre los límites dados. Aguardan a la octava, cuya llegada provocará una catástrofe.

“Eso ocurre en el mar o en sus proximidades, y el motivo es el dinero, o sea el oro. Alguien, pues, trata de utilizarlos para sus fines particulares.

—¿Y dónde se ve lo de la explosión?

Edward estudiaba el papel con atención y tardó en contestar. Rud le contemplaba con una luz afectuosa en los ojos.

No le extrañaba el que Milkas hubiese desentrañado el misterio del “Mensaje Indescifrable”, como lo titulaban los periódicos.

En primer lugar, porque atesoraba los conocimientos científicos necesarios.

Pero la razón era también que su cerebro era una máquina poderosa, deductiva, que sorprendía y relacionaba los más nimios detalles hasta obtener la solución justa.

—La fórmula a que es igual todo lo anterior —explicó con paciencia el joven, tras la breve pausa— pertenece al ácido nítrico, el HNO_3 , base de numerosos explosivos.

“Aquí también reaparecen los tres elementos que se han manejado antes, el uno, hidrógeno; el siete, nitrógeno, y el ocho, oxígeno, HNO .

—¿Y lo de más abajo?

— Dv partido por Dt es la fórmula física de la aceleración. A su vez, nueve ochenta y uno es también la aceleración de la gravedad; por consiguiente, al hallarse dividida por la otra el resultado es el uno, que es el hidrógeno.

“Como está sumada a la O, o sea el oxígeno, es igual a uno más ocho. El hidrógeno, al mezclarse con el oxígeno, produce una explosión.

“La interpretación es que es preciso acelerar, o darse prisa, pues se va a producir la explosión anunciada más arriba.

De nuevo se abismó en la contemplación del mensaje que de forma tan simple acababa de resolver.

Una arruga se marcaba en su frente y enseriaba su rostro de rasgos firmes, varoniles. Causaba una expresión extraordinaria de potencia, de vigor, contemplándole en aquella postura.

El timbre del teléfono sonó entonces, y se oyó la voz de Rud contestando a alguien. Edward levantó la cabeza y escuchó, con un gesto intrigado.

—Era la voz de una mujer —explicó aquel—. Preguntó por ti.

—Bien. ¿Y qué?

—Parecía asustada, y se cortaba al hablar. Comenzó a decir algo así como “¡he visto a Babyrob...! ¡Lo he visto! ¡Está en la ciudad...! ¡Me persigue!” y enseguida corto.

El joven frunció el ceño.

—Bien —habló—. Esto demuestra que mis deducciones son exactas. Es posible que quien ha llamado sea Trudy o Ulla. Desde luego, no pueden referirse al “robot”, sino que la alusión es para quien lo controla.

—¿El paralítico? —se extrañó Rud.

—Fingir una parálisis es sencillo, Rud. Basta sentarse en un sillón de ruedas, una manta arrollada a las piernas y un aspecto pálido y delgado. Iremos sin falta a la mansión del otro lado del puente. Y tú también, “Medio Dólar”. Habrá trabajo para todos.

—Sí, agente.

—¡Andando!

Los tres se pusieron en camino con la celeridad que en el momento requerían las circunstancias.

Había que dar con la persona que hizo la llamada, una llamada de socorro, o podía ser también una trampa.

Capítulo 6

LA noche se presentaba despejada, con algunas nubes en el horizonte. El mar, en calma, apenas sin oleaje, riellando la luz de la luna en su superficie. El fragor del agua al estrellarse en el acantilado era como la respiración sosegada de un coloso durmiendo.

La canoa que conducía a Milkas y sus compañeros se aproximó a la playa, donde ya una vez estuvo el primero.

—Oídmeme atentos —pronunció en tono quedo el joven cuando se encontraron cerca del lugar fijado—: la llamada telefónica igual puede ser cierta que consistir en una trampa que pretenden tendernos. Me inclino por lo primero, pero hemos de estar seguros.

Añadió tras un momento de reflexión:

—No podemos desdeñar la amenaza de “Babyrob”, aunque tengo mi teoría acerca de su exacta naturaleza. Vosotros os situaréis en un sitio estratégico, desde el que podáis dominar con los prismáticos la casa y sus alrededores. Pero debéis manteneros en el más absoluto silencio. ¿Entendido?

Sus dos ayudantes asintieron con enérgicos movimientos de cabeza. Edward hizo entrar la lancha en la arena, varándola, y saltaron a tierra. Varias formas huidizas corrieron hacia el agua. “Medio Dólar” respingó:

—¡Ahí están! —gritó.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Edward—. ¿Por qué gritas?

—Es que son los mismos que me rodearon ayer cuando pescaba y vigilaba desde dentro de la barca.

—Son “leones de mar” —informó el joven—. Ningún daño pueden hacerte.

—Pero yo diría que son personas. Hasta me parecieron que llevaban gafas.

—El miedo transforma a los objetos y convierte en fantasmas a las personas —opinó Rud.

—¡Chis! ¡Silencio! —recomendó Edward—. Recordad que ese “Babyrob” que habéis mencionado puede encontrarse en cualquier gruta de por aquí, y tal vez nos oiga.

Inició la marcha en dirección a la mansión solitaria. La noche

anterior, pródiga en acontecimientos, había recorrido aquel camino, de ahí que no titubeara al tomar la misma senda.

Rud y “Medio Dólar” marchaban tras él, procurando no quedarse rezagados. El pequeño miraba a los lados y sus orejas se tendían hacia adelante, tratando de captar el menor ruido que señalara la presencia de peligro.

Rebasaron un estrecho paso entre dos colinas de poca altura. El monte sobre el que se asentaba la casa de Steve Merlich se ofreció a su vista. Sombrío, sin luces, el edificio destacaba crudamente iluminado por la luna.

—Buscad posiciones cerca de este punto —dijo Milkas—. Y no olvidéis el permanecer callados.

—¿Qué harás tú, Edward? —preguntó Rud.

—Me interesa el yate que se halla anclado en una pequeña bahía, al otro lado del monte. Si vieseis que de la casa o de algún otro sitio salen varios hombres, o el “robot”, utiliza la pistolita de señales, Rud.

—Bien.

Dejó a los dos hombres para que se acomodasen como mejor les pareciera en semejante paraje y reanudó la marcha con su andar vigilante, seguro. Dio un rodeo, apartándose del camino principal que conducía a la casa.

Por último, rebasó un montículo o conglomerado rocoso y se halló dominado la ensenada donde se ocultaba el yate, antiguo vapor frutero. Y lo hizo oportunamente.

Sobre su cubierta se veían varias figuras. Una de ellas luchaba y se retorció entre las manos de las otras. Otra aparecía inconsciente, tendida sobre el suelo. La escena, silenciosa, parecía irreal. Edward no dudó.

Salto, haciendo pie en un resbaladizo saliente rocoso, y de allí, con otra extraordinaria estirada, cayó sobre la cubierta del barco.

El ruido que hizo al tomar contacto con la madera obligó a que se volvieran los individuos que pretendían reducir a su víctima.

Edward distinguió una silueta femenina.

—¡Rápido! —oyó que decía entonces, y reconoció la voz de Trudy—. Quieren que...

Pero le aplicaron un golpe en la cabeza y se desplomo, exánime. Edward se abalanzó al frente. Eran cuatro los hombres que sujetaban a la muchacha. Aunque quizá hubiera más en el interior del yate.

Con el mismo impulso de la acometida se desvió a un lado y en el hueco atmosférico que abrió con su acción se precipitaron dos de los bandidos que habían querido salirle al paso.

Otro movimiento y se instaló en medio del grupo.

En toda clase de luchas por no profesionales se tiende a cubrir la parte alta del cuerpo, que es también la que se ataca, descuidando el diafragma y la cintura, donde se localiza puntos tan vulnerables como el hígado.

Edward descargó unos “crochets” mordientes a los costados del primero de sus enemigos.

Y se deslizó hasta quedar cubierto por él, utilizándolo a modo de escudo. Desde la nueva posición alcanzó en el mentón al segundo y con un izquierdazo fulminante al que estaba más cerca de aquel.

El cuerpo de su compañero, en estado “groggy”, les entorpeció la defensa y arremetieron contra él para apartarlo.

El infeliz sujeto recibió una soberbia paliza, pero cuando lo abatieron, Edward ya no ocupaba su espalda.

Y les llovió desde un ángulo nuevo una serie de golpes feroces propinados con la contundencia y la precisión de proyectiles antiaéreos.

Bruscamente se interrumpió el castigo. Los tres hombres bajaron los brazos y elevaron las caras para darse cuenta del nuevo fenómeno.

Fue su perdición. Un puño devastador rozó las tres barbillas y el efecto fue como si las hubiesen alcanzado con la esquina de un camión lanzado a toda velocidad.

Salieron despedidos hacia atrás y se derrumbaron en el suelo en diversas posturas, ninguna de las cuales hubiera podido tomarse como modelo para realizar un grupo escultórico de la dignidad humana.

Pero el peligro no había pasado. En la puerta del cuarto de marear apareció el que hacía el número cinco de los enemigos y con una pistola en la mano. Le apuntó y ese fue su error. Edward se había trasladado con increíble rapidez al tiempo que lanzaba una patada certera.

El disparo se perdió en el aire y la muñeca del osado quedó convertida en un trozo de caña de azúcar tras haberlo chupado un negrito.

Su mal no terminó ahí. Era hombre animoso y con todo y penderle flácidamente el brazo derecho, buscó a su enemigo, dando

un paso en su dirección.

El agente del FBI le abatió el puño derecho, como una maza sobre el centro de la cara.

Nadie más se presentó a combatir. Edward ajustó su ropa, se pasó la mano por el negro pelo y se dirigió al sitio en que había caído Trudy.

La levantó, descubriendo que pesaba bastante y la trasladó a un extremo. La joven abrió los ojos en aquel momento.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Y se sentó. Sus grandes ojos miraban con asombro y admiración al joven agente.

—¡Sabía que vendría usted! —pronunció—. Después de aquello que me habló en la fiesta... Bueno; lo vi, lo vi en la ciudad, ¿comprende? Supe entonces que todo era un engaño. Pero cuando le estaba telefoneando entraron varios hombres y me sujetaron. No pude decirle más.

—Tranquilícese ahora. ¿Y su tío? ¿Dónde está?

—No lo sé, no tengo la menor idea. Antes se encontraba aquí, en el yate.

Edward se separó de su lado. Fue junto al hombre derribado últimamente y le arrebato la pistola que pendía de sus dedos rotos. Se la arroja a la joven.

—Tenga. Vigile a esos tipos mientras yo busco cuerdas para atarlos.

No le fue difícil hallarlas. En popa encontró un rollo de cuerda. Concienzudamente procedió a inmovilizar a los cinco bandidos.

—Bien; esta parte del asunto está ya liquidada.

—¿Qué piensa hacer? —demandó Trudy con voz trémula.

Edward la miro en silencio unos momentos.

—Ante todo, registrar el yate. Es preciso que demos con el paradero de los científicos raptados. Usted atienda a ese otro tendido en el suelo y que imagino será Lars Haansen.

Trudy se levantó con algún trabajo.

—Sí —dijo—. ¡El pobre! Ahora comprendo lo ocurrido otras veces. Pero, ¿dice usted los científicos raptados?

—Naturalmente. Los autores del mensaje. Deben estar por aquí. Prisioneros en alguna parte.

Trudy se acercó a él.

—No sé. Tengo la sospecha de que ya no están. Por lo que en el breve tiempo que me han tenido con ellos he podido oír, los traían

a este barco, donde estaban algunos días. Después, el yate se hacía a la mar por la noche y rebasaba el límite de las aguas jurisdiccionales. Un mercante de algún país del otro lado del “telón de acero” los recogía.

—¡Tráfico de científicos! —exclamó el joven—. Un nuevo negocio que debe proporcionar pingües beneficios. Casi tanto como el de esclavos hace cien años. De todas formas, Trudy, registraré el yate.

Se encaminó a las escalerillas que conducían al interior de la nave. Comprobó la huella de la presencia de varios hombres en los camarotes inferiores, como de haber estado mucho tiempo en ellos.

Colillas, algunas manchadas de carmín, y otros elementos, incluyendo algunos periódicos atrasados, precisamente los que daban cuenta de las desapariciones.

Ascendió a la superficie.

Trudy lo recibió con muestras de excitación.

—¡Mire, mire! Alguien corre hacia la casa. ¡Ese es mi tío!

En efecto, bajo el resplandor impecable de la luna se distinguía una figura que ganaba terreno velozmente en dirección a la casa.

En aquel instante, una luz rojiza se encendió en el aire, por encima de sus cabezas. Era el aviso de los amigos de Edward.

—Tenía razón usted, Trudy —expreso el joven—. Los pájaros han volado, aunque se nota que estuvieron aquí. Bien; vayamos a tierra. Al costado izquierdo del buque he visto un bote. Venga.

—Pero, ¿y Lars? Vi cómo le golpeaban. Tal vez esté malherido.

—Sólo inconsciente. No importa que espere. Avisaremos desde la casa para que acuda un médico.

Edward tiró de la mujer hacia el lado de babor de la embarcación. Descendieron por una escala y pronto remaban hacia la orilla escarpada de la angosta bahía. A buen paso caminaron hacia la mansión.

A mitad del camino tropezaron con Rud y “Medio Dólar”, que acudían presurosos.

* * *

—¡Oímos un disparo!

—Sí. No os preocupéis de eso ahora.

Los cuatro corrieron hacia la cima del monte. Pero se detuvieron en seco, porque desde una ventana de la casa hicieron fuego.

—¡Es mi tío! —gritó Trudy—. Esta en su laboratorio.

Varias detonaciones más rubricaron sus palabras. El tirador era bastante malo, pero aun así el grupo se deshizo y se protegieron en las rocas cercanas.

—¡Mire, agente, mire! —avisó el hombrecillo, que asomaba, lleno de curiosidad, la cabeza por encima de un peñasco.

El amplio ventanal del cuarto-laboratorio de Steve Merlich era como un observatorio espléndido.

Se distinguía el interior de la enorme habitación y era desde allí de donde partían los disparos, detonaciones agudas, como un ladrido seco, el ladrido que lanzan los “setters” al avistar la pieza.

Pero una figura monstruosa se proyectó contra el ventanal coincidiendo con la exclamación del hombrecillo. Una figura con apariencia humana, aunque de características distintas. Se movía pesadamente hacia la parte de delante.

—¡“Babyrob”! —dejó oír Trudy ahogadamente—. ¡Esta con él!

De súbito un lancinante grito horado la atmosfera. Todos pudieron ver perfectamente como el gigantesco robot alzaba entre las pinzas que constituían sus manos la figura de un hombre. Y cómo lo lanzaba al frente.

El cristal de la ventana se rompió y el cuerpo atravesó el espacio yendo a estrellarse contra el suelo rocoso de la parte delantera de la casa.

—¡Santo Dios! —gimió Trudy—. ¡Lo ha matado!

Edward salió de detrás de la roca que lo parapetaba y corrió en dirección al lugar del suceso.

Rud fue tras él. Y “Medio Dólar” aunque no tan deprisa. No perdía de vista la amenazadora presencia del ingenio mecánico que aún se recortaba contra el fondo de la habitación.

El robot se puso en movimiento. Los dos agentes habían llegado junto al hombre derribado.

—¿Es...? —interrogó Rud.

—Sí. Steve Merlich. Y no se puede hacer nada por él. La máquina le aplastó el cráneo antes de tirarlo.

Trudy se adelantaba corriendo hacia ellos.

* * *

—¿Ha muerto?

No hubo necesidad de contestarla. Se fijó, muy pálida, con los

ojos dilatados y la boca entreabierta en el hombre tendido en tierra con la cabeza atrozmente deshecha, convertida en una masa sanguinolenta.

—Tenía que ocurrir así —musito—. Quiso dominar en el mundo, crear para su servicio a unos seres superiores a los seres humanos y han acabado destrozándole.

—¿Y “Medio Dólar”? —preguntó, alarmado, Edward en aquel instante.

El hombrecillo no estaba a la vista. Se había introducido dentro de la casa, deseoso de contemplar lo que para su entendimiento era la suma perfección.

No comprendía bien el funcionamiento de los prodigiosos robots, pero sí sabía que temían que ser dirigidos desde un puesto de control, y, por consiguiente, tendría que hallarse parado al haber muerto quien lo hacía funcionar.

Por ello, su horror no reconoció límites al verlo aparecer ante él. El trepidante almacén de acero y aluminio, las luces rojas, verdes y amarillas, el sordo rumor del motor interno se le presentaron como realidades aterradoras.

“Babyrob” caminaba en su dirección. “Medio Dólar” quiso gritar y no pudo. Igual le sucedió al intentar echar a correr, sin darse cuenta que el impedimento consistía en haberse pisado el cordón de un zapato.

Edward, seguido de Rud, penetra en la casa. Y registró instantáneamente el peligro en que se hallaba su ayudante. El artilugio mitad hombre y mitad máquina casi se encontraba ya encima.

El joven se trasladó de un salto a un rincón donde se encontraba un banco de madera. Era un mueble pesado, pero lo blandió como si fuera una pelota de “rugby”.

Y lo tiró con un violento impulso. El armatoste dio de lleno en el centro del robot, que vaciló sobre sus piernas, giro casi una vuelta completa y cayó produciendo un ruido ensordecedor.

Sus brazos y piernas se agitaron y el motor continuó funcionando, pero fueron inútiles sus esfuerzos por incorporarse.

“Medio dólar” se desmayó. Trudy, que también había entrado en la casa, lanzó un grito. Y le contestó otro proveniente de un rincón donde Edward descubrió a la gorda Stephana.

—Será preciso subir al laboratorio y detener el funcionamiento del robot —dijo Simpson.

Edward examinaba con atención la pesada máquina.

—No es preciso, Rud —declaró.

Y fue hacia ella. Su compañero le contemplaba con inquietud. Trudy, que se había reunido con Stephana, también miraba con los ojos desorbitados. Hugh asomó su rubicunda faz por detrás del arco de separación.

—Hasta la fecha —explicó Edward—, la ciencia de la cibernética no es tan perfecta. Sus posibilidades se hallan aún sin explotar convenientemente y más se aplican a los móviles, como aeroplanos o cohetes.

—Pero, Edward, esta máquina actúa casi de un modo perfecto.

—Eso es. Demasiado perfecto para que sea una máquina y no un ser humano.

Rud se sobresaltó.

—¿Cómo es posible?

“Medio Dólar” había recobrado el conocimiento y oía la explicación, sin habérsele ido del todo el pánico.

—Tendría que ser un ser humano que careciera del centro de su cuerpo. Esa ventana en el lugar del estómago. Y su estatura...

Edward se inclinó sobre el monstruo. Y con un esfuerzo le hizo ponerse de bruces.

—Ven —llamó a Rud—; ayúdame a sujetarlo.

Su compañero se aproximó. Y pisó una de las pinzas cargando todo el cuerpo sobre ella. Edward procedió a desenroscar unas tuercas que sujetaban la escafandra.

Durante unos segundos no se oyó sino el chirrido que producían las piezas al soltarse. “Babyrob” ya no se movía.

Por fin, la mole metálica se descompuso. La cabeza se separó de los hombros y el cuerpo se abrió en dos mitades.

* * *

—¡Cuidado! —previno el joven agente apartándose.

Rud se retiró con presteza igualmente. Y ante los ojos estupefactos de los presentes, del interior de aquel cacharro emergieron dos personas, dos enanos contrahechos, que no rebasarían los tres pies y medio de tamaño, pero de musculosos miembros y cabeza casi normal si no mayor.

—¡Demonios! —se le escapó a Rud.

—Esa es la explicación—sentenció Edward—. Un enano arriba y

otro abajo con un hueco por medio, hacen un hombre de diez pies de estatura y sin estómago. Bueno, amiguitos, vuestro juego ha terminado.

Los dos enanos miraban rencorosos aunque sin dar muestras de intentar huir.

—Sospeché vuestro truco —continuó el joven—, cuando me sorprendisteis en la terraza del hotel Plaza. Únicamente sujetos como vosotros de tan exiguo tamaño, pero fuerzas de acróbatas —y seguramente habréis trabajado en el circo—, podían ser quienes me atacaron, colocándose uno agazapado contra el suelo y el otro dejándose caer desde alguna cornisa. Y también vuestra corpulencia hizo que pudierais escapar deslizándoos por cualquier canalón al piso inferior.

Edward se volvió a donde estaba Trudy.

—Trudy, entregue esa pistola a Rud para que mantenga con ella a raya a estos dos hombres de bolsillo. Avisaremos al departamento y al médico.

Apuntó hacia los dos criados.

—Ustedes vayan a preparar algo caliente para la señorita. Ha pasado un buen susto.

Todos se movilizaron, Edward llamo la atención de Stephana con un gesto.

—¿Y Ulla? —inquirió—. Esta tarde se hallaba en la ciudad.

Stephana le miró, inexpresiva, aunque le temblaba la papada como si contuviera la risa.

—No lo sé, señor. Para muy poco en casa y corretea siempre por entre las rocas. No comprendo por qué hubo de ir a la ciudad.

Se apartó tras decir aquello. Edward, como otras veces, no pudo reprimir un movimiento de repulsión al observar sus manos grandes, de piel negra, y las uñas gruesas y curvas. Parecían postizas.

Capítulo 7

EDWARD se fijó en un objeto que revelaba había estado allí una persona: un libro.

Descendió con rapidez, descubriendo en las partes blandas del terreno, entre las piedras, huellas de pasos, inconfundibles, pues las habían dejado unos pies calzados con sandalias. Ninguna otra huella se apreciaba.

Levanto el libro y leyó el título. Eran versos del poeta Shelley. El joven registro con la mirada todos los lugares. Giraba para regresar de su indagación cuando le pareció notar algo que el oleaje había levantado por encima de las rocas sumergidas. Aguardo. Se repitió el fenómeno. Sin duda, era un trozo de tela verde.

Convencido de lo que iba a encontrar, Edward se despojó de la chaqueta y de los zapatos y se arremangó los pantalones. Pisando en las piedras se fue acercando. Y allí, medio sumergida, muerta, se hallaba Ulla.

Su delgado rostro, bajo el agua, tenía más parecido que nunca con el de una niña enfurruñada que mira el juego de sus amigas a través del cristal de una ventana.

Al depositarla en terreno seco, Edward notó algo más. Ulla no se había ahogado por accidente, porque el mar la arrastrara con fuerza obsesionante.

Unas profundas marcas en su cuello delataban que había sido brutalmente estrangulada. Unas manos fuertes, de dedos poderosos.

El joven tomó el cuerpo entre sus brazos. No se olvidó de recoger el libro de poesías. En realidad, todo parecía señalar en la bella rubia un final como aquel, pues Schelley también fue víctima del mar.

No encontró a nadie en su camino hasta llegar a la mansión del difunto Merlich. Su entrada en el desnudo y amplio salón, donde aún permanecían los miembros de la familia y sus amigos, revistió un carácter dramático.

—¡Se ahogó! —exclamó por fin Trudy—. Parece increíble que todo haya sucedido en tan poco tiempo.

—No se ahogó; la estrangularon —reveló Edward con acento duro, metálico.

Trudy retrocedió y Stephana alzó la cabeza que tenía ahora contraída con una mueca horrible.

—¿Quién, quién fue? —espumarajeo.

Abandonó el inerte cuerpo de Ulla y se volvió a mirar a la otra joven.

—¡Tú, maldita, tú! Ya quisiste matarla cuando pequeña, y ahora has consumado tu obra.

Con una especie de rugido se precipitó contra Trudy. Milkas se interpuso y la sujetó. Al hacerlo, descubrió la recia musculatura que encerraba la gorda mujer bajo sus grasas.

—No sea estúpida —dijo—, Trudy nada tiene que ver con eso. Cuando su hija fue asesinada, ella se encontraba en manos de los bandidos que intentaban reducirla, y seguramente, asesinarla también.

Stephana miró al joven con expresión de loca.

—¡Muerta! —sollozó—. ¡Asesinada! Más, ¿por quién?

—Es largo de explicar, Stephana.

Pronunció Trudy que había recobrado el dominio sobre sus nervios, y se adelantó.

—También para mí ha sido esta noche una sucesión de sorpresas. Cierto que sospechaba hace tiempo que mi tío mantenía relaciones con bandas de contrabandistas y que en la época en que no era un paralítico debió capitanear alguna.

“También sospechaba el verdadero papel del robot, especie de espantahombres lo que permitía que se realizaran impunemente en las calas de esta parte de costa ciertas operaciones.

“Pero jamás podía suponer que no fuese tal paralítico, que me engañase hasta ese punto, y que su terrible juguete fuera en realidad una armadura con dos hombres dentro.

Pausa. Por momentos adquiría mayor seguridad.

—Tu hija, Stephana, fue asesinada por el o por alguno de sus hombres, si no lo hizo el mismo “Babyrob”. Seguramente, Ulla descubriría alguna de sus andanzas y aunque con las facultades mentales trastornadas, podría descubrirle. Por ello, si se enteró de que hoy había ido a la ciudad, juzgó llegado el momento de acabar con ella. ¿No lo cree usted así, señor Milkas?

Edward, que la escuchaba pensativo, asintió.

—Una exposición clara y perfectamente ajustada a los hechos —expresó—. Estoy seguro de que podrán corroborarla los individuos que hemos cogido. Bien; ya nada tenemos que hacer nosotros en

este lugar. ¿Hugh?

El mayordomo, con su gorro de dormir y su camisón observándolo todo desde un rincón y con expresión de pocos amigos, brincó sobresaltado.

—¿Qué hay? —gruño.

—¿Se considera capaz de vigilar, con la pistola, a estos dos truhanes y no dejarlos escapar?

—Y también de llevarlos hasta el departamento propinándoles patadas en el trasero —fanfarroneó el viejo.

—Rud, entrégale la pistola. ¡Vamos!

Se encaminaron a la salida, junto con el hombrecillo. Edwards se acercó a Trudy y la miró un rato en silencio. Por su parte, los ojos de ella reflejaban aquella fuerza extraña, apasionada, de ansia y temor.

—Lamento que nuestro conocimiento se haya señalado por tan tristes sucesos—manifestó el joven agente.

—¿Quiere decir que no nos veremos más? —preguntó ella.

—Eso no podemos decirlo nunca. Pero sí puedo asegurarle que no la olvidare, como no olvidaría el paisaje ideal, la música predilecta o el libro que más nos divierte.

Entre ambos se estableció una atracción irresistible. Era como si la sustancia de cada uno fuera atraída por un formidable imán.

Los labios de la mujer se entreabrieron suavemente y el cuerpo se venció hacia adelante, hasta casi rozar el del hombre. Edward alzó las manos para sujetarla, pero con un esfuerzo se contuvo y se echó hacia atrás.

—Si encuentra dificultades, telefonéeme. Adiós.

Bruscamente giró sobre sus piernas y se apartó, rompiendo el hechizo que parecía encadenarle a la hermosa morena. Dirigió una última mirada al cuadro que dejaba en aquella casa.

El fantástico “robot”, deshecho, extraído de su entraña los auténticos motores que le hacían funcionar; la rubia Ulla tronchada como una flor rara por la mano de un despiadado enemigo de la Naturaleza.

Y fuera, el cadáver del hombre que había movido todo aquel enredo, farsante consumado, víctima de su propia obra...

En el camino de regreso hacia la playa donde esperaba la canoa, el joven se mantuvo silencioso, sumido en profundas reflexiones. Rud le interrogó:

—¿Qué ha sido de los científicos, Edward?

—Era cierto lo que tú sospechabas, Rud —contestó Edward—. Fueron raptados para darles salida hacia los países de detrás del “telón de acero”. No huyeron, sino que fueron vendidos como los negros lo eran hace tiempo.

—¿Y el último? ¿Ese sueco de quien me hablaste?

—Ha tenido suerte. Sólo recibió un golpe y se repondrá pronto.

—Entonces no era verdad lo de que con su llegada produciría un desastre, como parecía decir el mensaje...

—En efecto, esa parte del mensaje estaba equivocada. Quiero decir la interpretación que yo le di.

No hablaron más hasta alcanzar la embarcación que sacaron fuera de la arena. Y enseguida pusieron rumbo al puerto de San Francisco.

Pronto rodearon la punta Norte, y enfilaron hacia el centro del embarcadero.

La perspectiva altiva del puente de la bahía, apuntalado en la Isla del Tesoro, recortaba el firmamento, como un desafío del hombre a las fuerzas de lo desconocido.

La ciudad de las veintinueve colinas resplandecía en la noche como una dama, algo ordinaria, engalanada con todas sus joyas, dispuesta para hacer su entrada en un salón de la alta sociedad.

Y, ciertamente, San Francisco rara era la noche que no celebrara algún fausto acontecimiento, aunque no fuera sino el haber sostenido un día más de electrizante esfuerzo, de derroche de vitalidad.

* * *

Edward Milkas, meditabundo, ajeno al deslumbrante espectáculo de la trepidante ciudad, condujo por Marquet Street, la recta vía en que se dan cita todos los placeres del mundo y que posee una vida propia, independiente del resto de las calles, como Broadway en Nueva York, el Loop en Chicago y Hollywood en Los Ángeles.

Como un corazón multicolor, arrítmico, el túnel de luz roja, amarilla, azul, verde, se encendía y apagaba, y movía múltiples figuras sobre las fachadas de los cines y teatros, Orpheum, Fox, Gondem Gate...

Por fin, llegaron al despacho.

—No estás satisfecho de cómo han ocurrido las cosas, ¿verdad, Edward? —dijo Rud, que no pudo resistir la curiosidad.

—No lo sé. Todo parece lógico, pero continuo en la creencia de que en ese mensaje hay algo que no he visto. Luego, existen otros detalles...

No reveló cuáles. Pensaba en el motivo que hubieran podido tener los dos enanos para asesinar a su jefe, la extraña muerte de Ulla y en la contradicción de lo que habían desentrañado en el mensaje con lo ocurrido.

Claro que muy bien pudieron haber estado unos días en el barco y creer que permanecerían allí más tiempo. Era natural que dieran aquella posición en el mensaje. Más, ¿y la explosión? ¿Se habrían equivocado el en su deducción? Aquel mensaje...

* * *

Los siete científicos: trina Orososif, Edda Limington, Oswald Rutten, Lukas von Karaman, Rene Farvan Chu-Fen y Sergio Toffano contemplaban al hombre de la máscara verde con claros indicios en sus rostros de abatimiento y desesperación. Otro hombre, rubio, alto, se hallaba junto a “Caballo Marino”.

—Les presento a ustedes al señor Lars Haansen, el nuevo miembro del equipo —dijo el extraño personaje—. Con él ya somos capaces de emprender la importante empresa que nos convertirá en seres libres, con una libertad como no puede soñar ningún otro humano.

El científico sueco parecía aturdido y miraba a los lados como si creyera estar soñando. “Hipocampo” continuó:

—Ya les anuncie que no se podía luchar contra mí. Confieso, no obstante, que el amigo del señor Karaman es un hombre extraordinario y que por unos instantes llegue a temer fuera capaz de descubrir todo. Ahora, sin embargo, se halla convencido de que el asunto se ha liquidado y de que ustedes se encuentran a miles de millas de distancia, en otros países donde no tiene ocasión de ir y rescatarlos... si tal fuera su pensamiento.

Sergio Toffano hablo, dando muestras de hallarse bajo una fuerte emoción:

—Considero todo esto una monstruosidad. Usted es un loco, un loco peligroso, y lo que pretende no se realizara nunca. ¡Yo me niego!

—Vamos, vamos, profesor. No se excite. Todos los acontecimientos humanos pierden su importancia cuando se les

traslada de medio. Para usted, que no ha comprendido todavía, o se resiste a comprenderlo, que ha entrado en una nueva dimensión terrestre, resulta horrible la destrucción de una ciudad y la muerte de cientos, tal vez de miles de personas. Pero no tendría nada que decir si la catástrofe sobreviniera por un terremoto o fuera a causa de una guerra mundial. ¿Qué supondrían para usted los hechos de la tierra si se viera de repente transportado a Marte u otro planeta lejano y no tuviera posibilidad de volver?

—Me horroriza ese hombre. ¡Le odio! —murmuró Irina junto al oído de Von Karaman.

—De nada sirve que nos horricemos —manifestó el joven alemán—. Debemos esforzarnos en hallar una salida a esta situación, puesto que ha fracasado la del mensaje.

—Olvídense de su vida pasada —sonó con acento más fuerte la voz de “Hipocampo”—. Cuanto antes lo hagan, mejor para ustedes. Aquí son los pioneros de un nuevo mundo, extrañamente sugestivo, con reservas ilimitadas y posibilidades increíbles. Lo más difícil era poder vivir en él y ya ven que está conseguido.

—Todo esto me recuerda la novela de Julio Verne “Veinte mil leguas de viaje submarino” —ironizó Oswald Rutten—. Pero usted es más ambicioso que el capitán Nemo.

—Sus observaciones son muy chistosas, señor Rutten —replicó el gordo tirano—. Piensen que estamos en la antesala de una asombrosa epopeya del genio humano. Vamos a hacer que las leyendas de la Mitología sean ciertas. Señor Haansen, puede usted reunirse con sus compañeros. Mis hombres le señalarán sus habitaciones. Y mañana se iniciará la planificación de la gran obra que pondrá en nuestras manos los recursos necesarios para hacernos independientes de cualquier poder de la tierra.

Dos hombres-ranas se adelantaron de sus filas y cogieron al sueco de los brazos, empujándole a donde los otros se encontraban.

—Y recuerden que su última posibilidad ha desaparecido —insistió el hombre de la máscara—. Nadie se preocupará en lo sucesivo de la suerte de ustedes. Con este sueco, mi poder se ha robustecido, y ningún obstáculo se opone ya a mis propósitos. Tengo, por otro lado, mayores medios que ustedes y cuantas herramientas o aparatos necesiten para su trabajo podrán pedirlos.

Con un estremecimiento de sus carnes, se levantó e hizo una seña a su escolta. Salieron en medio de un silencio ominoso.

—¡Se acabó! —exclamó Rutten, a quién le gustaba dramatizar—.

Hemos sido borrados del censo terrícola, para pasar a constituir la nueva especie de hombres y mujeres lombrices o gusanos submarinos.

—No lo tome a broma, Rutten —dijo Farvan—. ¿Qué podemos hacer para oponernos a su proyecto?

—Simplemente, no hacerlo.

—No valdrá —el chino movió la cabeza denegando suavemente—. Estamos cogidos en una trampa, y ese hombre, con sus secuaces, puede presionar sobre nuestras mentes y nuestros cuerpos. Hasta ahora no nos ha molestado, pero no duden que si nos resistimos empleara toda clase de medios para obligarnos.

Capítulo 8

REFLEXIONABA Milkas en cuanto había sucedido. Parecía que tras la muerte de Steve Merlich, la banda de contrabandistas había quedado deshecha.

Pero existían ciertos puntos que se resistían a su implacable análisis.

Necesitaba reconstruir todos los detalles del caso S, símbolo del azufre... Azufre... ¿No era, según los antiguos, lo que contenía el infierno? HNO_3 , la fórmula del ácido nítrico. Cada uno de sus elementos ocupaba en la tabla de Mendelejev los puestos 1, 7 y 8, que sumaban igualmente 16, el azufre... 16 y 3 que aparecía en la fórmula.

Edward, sintió que se iba haciendo la luz en su cerebro: 16 y 3 daban 19, y el 19 era el potasio, que al sustituir al hidrogeno en la misma fórmula se convertía en el nitro KNO_3 , base de poderosos explosivos, pero también elemento que existía con preferencia en las partes gruesas submarinas. Y el azufre...

* * *

—Repito que es absurdo cuanto nos sucede —porfió el sueco Lars Haansen, arrebatándosele el color ladrillo de su rostro—. Y no creo una palabra de lo que me cuentan. Esto es una broma ridícula.

—También nosotros lo creíamos al principio así —quiso tranquilizarlo el francés Farvan—. Pero nos hemos rendido a la evidencia. Estas salas están construidas en el interior de la montaña, más por debajo del nivel del mar. Unos complicados aparatos extraen del mar oxígeno con la mezcla adecuada para que se respire por los pulmones humanos. Le diré que dichos aparatos son a modo de unas enormes branquias y que, por tanto, podemos considerarnos en el interior de un fantástico pez.

Haansen le contempló con incredulidad, pero se notaba que su intelecto comenzaba a vacilar.

La compuerta que obstruía la sala empezó a abrirse entonces lentamente. “Caballo Marino” se coló y tras él los seis hombres-rana. El gordo se dirigió al trono y se encaramó a él.

—Señores —habló, y se apreciaba que le gustaba echar discursos —: todo está a punto para nuestra magna obra. Supongo que no habrá disensiones. Doy por aceptado que son personas inteligentes.

El sueco no pudo resistir más. No cabía duda de que era hombre de temperamento colérico y rebelde.

—¡Imbécil! —aulló— ¿Qué se propone? Si espera que yo trabaje para usted, es que además de loco es un cretino. Le ordeno que nos deje salir de aquí inmediatamente. ¿Me oye?

—¿Quién no? —la voz del hombre de la máscara revelaba una gran ironía—. Mi querido señor Haansen, voy a descubrirle algunas cosas de las que no está enterado. Primeramente, usted ya no es usted. Cometió la equivocación al arribar a este país de encandilarse por unas faldas, antes de haberse dado a conocer a sus autoridades y a sus amigos. Un hombre como usted, que parece extraído de una caldera de Fisherman's Wharf, no es difícil de suplantar.

El color rojo de la piel del sueco pasó a un púrpura congestionante.

—¿Qué está diciendo? ¡Eso es mentira!

—¡Oh, no! Nada es mentira, después de creer en la inteligencia humana.

Hizo una señal a uno de los guardianes y el individuo se adelantó, entregando un periódico al investigador sueco.

Haansen estuvo un rato sin mirar la hoja que le tendían, pero irresistiblemente bajó los ojos por fin. Y se vio fotografiado el día anterior dando la mano a varias personalidades de la ciudad.

“El conocido científico, experto en química industrial, Lars Haansen, que escapo a una añagaza de una banda de espías que operaba en nuestro Estado, es felicitado por sus compatriotas y el alcalde de la ciudad.

“Como saben nuestros lectores, ya les dimos cuenta de cómo habían sido descubiertas las actividades de la banda en cuestión y de la muerte de su jefe, que se hacía pasar por un parálítico”.

* * *

La reacción de Haansen fue inesperada. Con un rugido se precipitó hacia adelante. Propinó un puñetazo formidable en la cara al hombre-rana que le había presentado el diario.

Y dio varias zancadas, acercándose a donde “Caballo Marino” le

miraba tras su grotesca cabeza postiza.

No fue mucho más allá. Dos de los guardianes se movieron al tiempo y le salieron al paso. Le sujetaron por los brazos.

—Está bien, señor Haansen; usted lo ha querido —pronunció con acento silbante el gordo—. Quizá sea lo mejor, ya que así sus compañeros comprenderán que nada de cuanto les digo o hago es una broma. ¡Castigadle!

Ante la indignación impotente de sus compañeros, los dos musculosos guardianes que retenían al sueco le vapulearon concienzudamente. Pronto su rostro se volvió de color rojo más intenso, pero era debido a la sangre que lo bañaba.

—¡Basta, salvajes, basta! —chilló la señora Limington.

—¡Suelte a ese hombre! —instó Toffano—. ¡Suéltelo! Yo asumo la responsabilidad y le prometo que cumpliremos su encargo.

—¡Vaya, profesor Toffano! —expresó el gordo—. ¡Veo que comienza a tener sentido común! ¡Dejadlo! Basta por ahora. Esto es una muestra, señores, de lo que...

Se interrumpió, porque en aquel instante por la abertura de la compuerta penetró un nuevo ser. Una maravillosa aparición mejor. El ceñido traje de baño mostraba un cuerpo perfectamente modelado.

El rostro lo llevaba cubierto por un antifaz, pero aun así se adivinaba que era una belleza extraña, como de un ser de otro mundo distinto al terrenal.

Se encaró con “Caballo Marino”. Y su voz, armoniosamente timbrada, poseía un acento tan rico, intenso, que hacía vibrar la sala como una enorme caja de resonancia.

—Atiéndeme, padre; necesito aclarar varias cosas.

—¡Estás loca, Trudy! ¿Cómo te atreves a presentarte aquí?

—Porque estoy harta. ¿Lo entiendes? ¡Harta! Te he seguido el juego mientras imaginaba que no era sino un intento para arrancar de la entraña de la tierra sus tesoros. Hasta me pareció genial tu idea, pero te has convertido en un loco peligroso. Mataste a Merlich, un pobre inválido. Aun eso hubiera estado dispuesta a olvidarlo. Pero el asesinato de Ulla...

—Era necesario, hija. Esa loca podría descubrir todo...

Los sabios de distintas nacionalidades concentrados en aquel lugar presenciaban la escena totalmente desconcertados y atónitos.

Trudy era para ellos como un emisario milagroso del mundo de la luz, pues la joven había introducido en la gruta con su figura una

corriente fresca, bienhechora.

—¡Ningún crimen es necesario jamás! Sé que soy tan culpable como tu cuando no me opuse desde un principio a tus maquinaciones, pero estoy, dispuesta ahora a impedir que sigas tu carrera de sangre...

—Te has vuelto loca —denostó su padre—. Y no me gusta que me hablen así.

—Menos te gustara ver que te denunció a las autoridades y aborto tus diabólicos proyectos.

“Caballo Marino” se estremeció convulsivamente. Y se alzó del asiento.

—¡Nunca! —gritó—. ¡Eso, nunca! Vamos, cogedla.

Sus guardianes parecieron vacilar, pero luego fueron junto a la joven y trataron de sujetarla.

Trudy, al parecer, había supuesto una cosa así, porque se separó de ellos con un gracioso y limpio salto y corrió a refugiarse entre los científicos. En su mano derecha había aparecido un pequeño revolver con cachas de nácar.

—¡Disparare contra el primero que se acerque! —desafío.

Se olvidó de los hombres-ranas que habían golpeado a Haansen. Uno de ellos se deslizó por detrás de ella.

—¡Cuidado! —avisó Irina Oroskosif.

Pero fue inútil. Aquel hombre golpeó en el brazo a la hermosa sirena y le desprendió el arma de la mano. La atenazó a continuación por los brazos, doblándoselos a la espalda.

Trudy le golpeó con los pies en las espinillas y se retorció queriendo escapar, pero otro guardián corrió en ayuda de su compañero.

—Sabrás lo que es rebelarte contra mis designios —masculló el gordo, que temblaba de rabia—. Te encerraré aquí y no veras el sol más en tu vida. Ni tú ni nadie podréis impedir que...

* * *

Una nueva interrupción hubo en su perorata. Por el hueco de entrada paso una figura. La de un hombre. Unos “slips” le cubrían, y unas gafas submarinas que levanto al entrar.

Alto, de hombros movibles y poderosos, capaces de sostener nidos de halcones. Su musculatura se señalaba a cada movimiento.

Los científicos y Trudy miraron en su dirección con ansia.

“Hipocampo” quedó enteramente aturrido por unos instantes.

—¿Quién...?

El profesor Von Karaman precipitó los acontecimientos, porque gritó en aquel instante:

—¡Pero... si es mi amigo Milkas! Debe ser él quien reconoció la cantimplora...

Se produjo instantáneamente un extraordinario alboroto. Un hombre-rana apuntó su arma y la disparó. “Caballo Marino” corrió hacia el sitio donde se alzaba el trono.

El joven agente varió de posición en una fracción de segundo. Y atravesó el espacio con un salto impresionante, que lo transformó por unos momentos en un ser alado.

Cayó sobre el individuo que había hecho funcionar el rifle de pesca submarina.

Sus manos aprisionaron su cintura y lo levanto como a un muñeco, despidiéndolo hacia sus compañeros, que se disponían a entrar en la contienda:

Lo que siguió a continuación fue una hazaña digna de haber sido tomada por una cámara cinematográfica, en la seguridad de que los espectadores del film la habrían considerado efecto de trucaje.

Dos hombres-ranas rodaron por el suelo. Edward retuvo a un tercero por la muñeca y tiró hacia sí al tiempo que se doblaba sobre su cintura.

El forzudo guardián vino a instalarse en su espalda en un aterrizaje obligado. Para despegar acto seguido con la potencia de un avión a retropropulsión.

Con el mismo impulso, el agente se apartó a un lado y propinó una patada desquiciante al mentón del nuevo enemigo que se le echaba encima. Y se encontró frente a otro.

Con el pie le golpeó en las espinillas, cogiéndole las dos piernas. El tipo se vino al suelo, al frente, para encontrarse con la pierna derecha de su atacante, que se le ofrecía como un tajo para que apoyara la cabeza, cosa que hizo en efecto y no por su gusto.

Y en esa posición recibió un tremendo golpazo con el canto de la mano diestra que le hizo el efecto de que le decapitaban.

El personaje que, como en los cuentos, se había presentado en el momento oportuno, corrió tras el gordo y se metió a su vez por el hueco descubierto.

Con prisa febril se aproximó a un estante pintado de blanco y lo abrió. Extrajo una pistola de él.

Pero cuando la apretaba en la mano le llegó una voz fría, metálica, que tuvo la virtud de paralizarle.

—No intentes usarla... Stephana.

Se fue volviendo lentamente. Su grotesca cabeza de hipocampo se balanceó por la acción de un violento temblor.

—¿Qué quiere? ¿Quién es usted?

Sintió que el otro hombre se acercaba y unos dedos acerados, potentes, mordieron en su fofa carne, acabando de paralizarle.

—¡Suba las escaleras! —conminó el agente.

En igual silencio ascendieron hasta el piso alto.

Y por fin penetraron en el laboratorio, alarmante recinto donde se acumulaban toda clase de aparatos, de utensilios. El gordo se detuvo al llegar al centro.

—¡No daré un paso más! —habló con voz fuerte—. Usted no tiene derecho a mezclarse en mis asuntos. ¿Por qué se ha presentado aquí? ¿Quién es usted? Exijo que...

Le cortó un manotazo que arrancó de sobre sus hombros la verde cabeza que simulaba al gracioso animalito de las profundidades marinas.

Su antagonista apretó con mayor fuerza los dedos sobre el grueso brazo que tenía cogido y lo empujó al frente.

La voz del agente se elevó y sus palabras sonaban como pistoletazos que cortaban invisibles hilos de la memoria:

—No conozco su nombre, pero debo admitir que es usted hombre de inteligencia —empezó—. La inteligencia, no obstante es como un licor fuerte, que si no se sabe graduar la cantidad que se toma, acaba por embriagar y empujar a realizar actos descabellados. Tardé en comprender el mensaje en su totalidad, hasta que vi que hacía alusión a dos símbolos de dos elementos a los que no había concedido atención en principio: el azufre y el nitrógeno. Ambos se dan en el interior de la tierra y el segundo asociado al mar.

La ancha cara, ahora libre de la máscara, se levantaba como fascinada por la presencia del otro.

La cara de Stephana, madre de la loca muchacha de la túnica verde.

—Cuando Steve Merlich cayó paralítico —continuo el agente—, usted, sin duda su cocinero en aquella fecha, concibió un proyecto audaz. Su señor era un hombre de vida retraída, que dedicaba casi todo su tiempo a estar encerrado en un fantástico laboratorio,

donde inventaba aparatos inútiles o realizaba prácticas de física recreativa. La sobrina de Steve, Ulla, tenía trastornadas sus facultades mentales, de lo que quizá usted tuvo la culpa, aunque se sirvió de su hija Trudy para ello. Decidió que la una ocupara el puesto de la otra, porque así la fortuna de su señor pasaría a sus manos.

El padre de Trudy intentó protestar, pero no llegó a formular ninguna palabra.

—Pero no se detuvo en aquello. Alguien, posiblemente un geólogo, le habló de que por debajo del mar, en lugares cercanos a la costa, tendría que haber oro, oro en cantidades fabulosas.

Tal vez leyó historias del tiempo del descubrimiento del oro en California y la imaginación se le llenó de ellas. Lo cierto es que tramo la más absurda y fantástica operación que se le haya ocurrido a un hombre. Para su trabajo de minar la profundidad del mar necesitaba un grupo de científicos. Fue más tarde cuando comenzó a desvariar.

Insistió la voz dura, metálica, que revolvía el interior del gordo y le hacía experimentar un pánico extraordinario:

—Pensó que extraer oro del fondo del mar era demasiado laborioso y decidió emplear su equipo de científicos en algo más rápido y provechoso: provocar una gran explosión en la ciudad de San Francisco para en la confusión creada hacerse con la mayor parte de sus tesoros, que llevaría a las grutas que para entonces habría construido. “Cometió muchas equivocaciones, amigo. La primera y más sonada, aunque es posible que su pensamiento fuera otro, consistió en la muerte de Merlich, con lo que pretendió centrar sobre él las sospechas de lo ocurrido hasta entonces.

“El disfraz con que usted se presentaba era doble: su condición de ama de llaves y madre de Ulla, lo que servía para tenerla totalmente dominada, y el paralítico que usted hacía figurar como el autor del ingenioso “Babyrob” y quién lo hacían funcionar.

“Pero Steve Merlich era un auténtico paralítico y la autopsia le demostrará Y, por otra parte, ninguna razón abona que sus propios hombres le mataran.

“Cierto que tal vez pensó usted que el falso “robot” podría escapar después de su hazaña (y le tendría preparada para aquel momento la fuga) y aparecer vacío, más tarde, en alguna gruta o lugar retirado de la costa...

La confesión de su padre dejaba a Trudy fuera de toda culpa.

Todos los periódicos publicaban el asunto de los científicos “raptados” y la solución del “Mensaje Indescifrable” gracias al agente del FBI Edward Milkas.

El joven se dirigió unos días más tarde hacia la casa del paralítico Merlich, pues sentía en su interior la llamada de la hermosa morena.

No la halló en la mansión, pero sabía dónde podría encontrarla. Conocía su pasión por el mar, a quién había dedicado su vida, y fue hacia el acantilado.

En efecto, embutida en un traje de baño y sobre unas rocas, estaba Trudy, que parecía casi una deidad del mar.

Al divisar a Edward, quedó un momento parada. Pero enseguida se fue acercando lentamente, sin que ninguno de los dos pronunciara palabra alguna.

Esta vez no se contuvo el joven agente y la atrajo hacia sí, obedeciendo a la irresistible atracción que los unía.

Y Hugh, el criado de Merlich, único personaje inocente del rapto de los científicos, contempló desde la vieja mansión cómo se besaban.

F I N

DISTRITO 21

Le llevará a un
mundo de intriga y
violencia.

Avalada por el sello
de prestigio.

BOLSILIBROS

EASA

Representación
exclusiva en América
EDITORIAL AMERICA, S.A.
8401 N.W. 56th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33198 - U.S.A.

E

**EDITORIAL
CASTELLANA**



P.V.P. 15 Ptas.